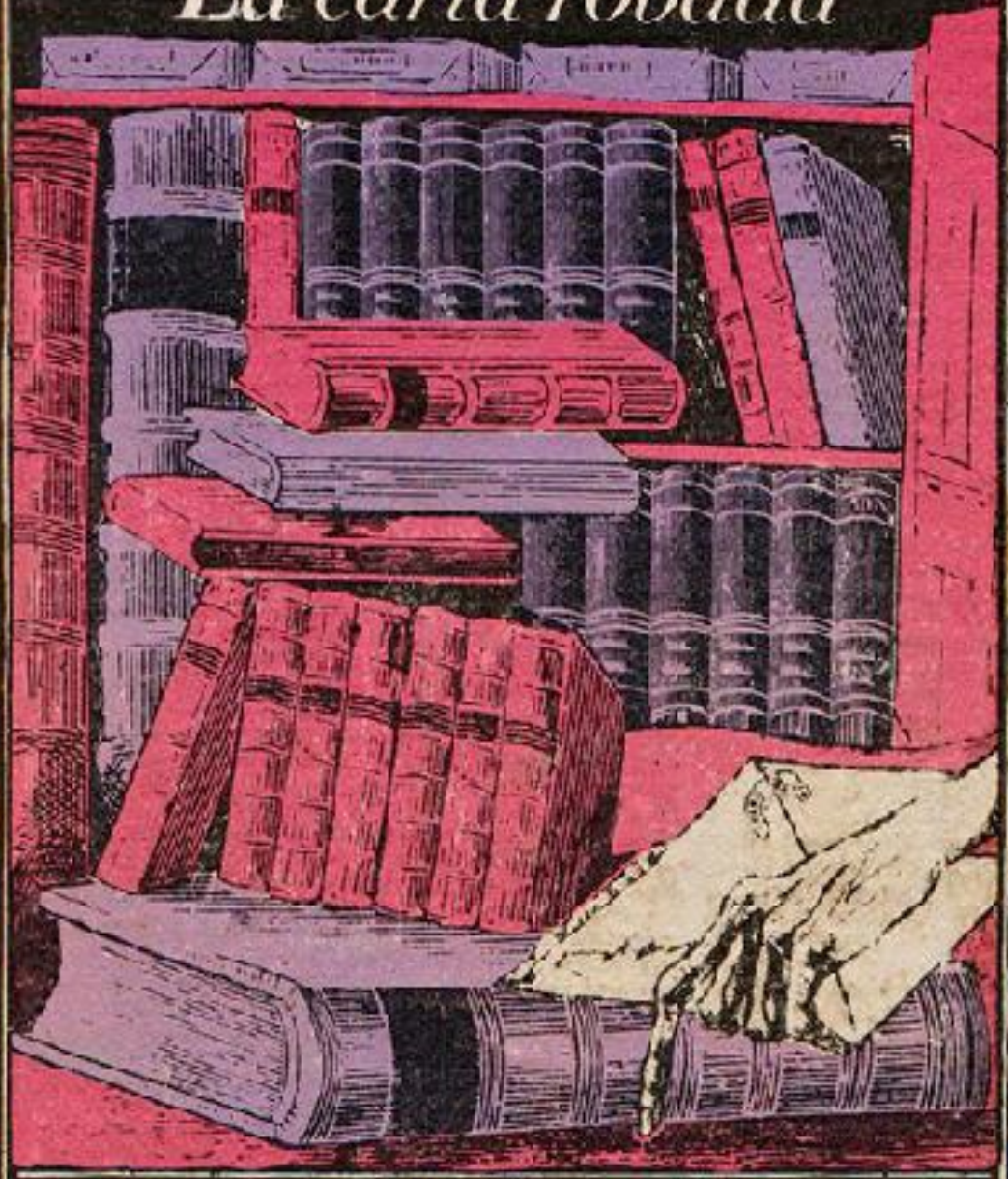
E. A. POE

La carta robada



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Fuera de alguna desafortunada incursión en el género humorístico, la palabra pesadilla es aplicable a casi todas las narraciones de Poe. Para este libro hemos elegido cuatro de sus más apasionadas piezas y el relato policial *The Purloined Letter*. A diferencia de los ulteriores cuentos de Wells, *MS Found in a Bottle* no quiere parecer verídico, pero es tan concreto y tan poderoso como lo son las alucinaciones; en *The Facts in The Case of M. Valdemar* el horror físico se agrega al horror de lo sobrenatural; en *The Man of the Crowd* los temas centrales son la soledad y la culpa; *The Pit and the Pendulum* es una exaltación gradual del terror.

Hace casi setenta años, sentado en el último peldaño de una escalera que ya no existe, leí *The Pit and the Pendulum*; he olvidado cuántas veces lo he releído o me lo he hecho leer; sé que no he llegado a la última y regresaré a la cárcel cuadrangular que se estrecha y al abismo del fondo.

Jorge Luis Borges

Edgar Allan Poe

La carta robada

La Biblioteca de Babel - 18

ePub r1.0
Meddle 13.11.14

Títulos originales: *The Purloined Letter*
MS Found in a Bottle
The Facts in The Case of M. Valdemar
The Man of the Crowd
The Pit and the Pendulum
Edgar Allan Poe, 1845
Traducción: Jorge Luis Borges & Adolfo Bioy Casares & José Luis López Muñoz

Editor digital: Meddle
ePub base r1.1

Prólogo

A la obra escrita de un hombre debemos muchas veces agregar otra quizá más importante: la imagen que de ese hombre se proyecta en la memoria de las generaciones. Byron, por ejemplo, es más perdurable y más vivido que la obra de Byron. Edgar Allan Poe es más visible ahora que cualquiera de las páginas que compuso y aun más que la suma de esas páginas.

Dos escritores norteamericanos hay sin los cuales la literatura de nuestro tiempo sería inconcebible o, por lo menos, muy distinta de lo que es: Poe y Walt Whitman. De Walt Whitman proceden el verso libre, el amor de las muchedumbres y de las empresas de nuestra época atareada; no menos rico es el influjo de Poe y harto más diverso. El concepto del arte como una operación de la inteligencia y no como un don del espíritu fue formulado por primera vez en su The Philosophy of Composition, *que data de 1846, y se prolonga en Baudelaire, en el simbolismo, y en Paul Valéry. Cinco años antes había publicado* Murders in the Rue Morgue, *que inventa el género policial y cuya progenie es innumerable. Su mejor prosa debe buscarse en el cuento fantástico, al que agrega una premeditación y un rigor que hasta entonces no eran propios del género. Alguien lo acusó de imitar a los románticos alemanes. Poe replicó: «El horror no es de Alemania; es del alma». Lo fue también de su destino.*

Nació en Boston en 1809. Hijo de actores de la legua, le gustaba soñarse descendiente de una antigua estirpe normanda; ese anhelo romántico no es menos real que las pobres circunstancias de su nacimiento. Huérfano de temprana edad, fue recogido por un hombre de negocios, John Allan, cuyo apellido tomó. Con sus padres adoptivos fue a Inglaterra; los años que pasó como alumno interno en un viejo colegio pueden adivinarse en el extraño cuento «William Wilson», donde se juega con el tema del doble. Menos fidedigno es el viaje a Rusia que tan amplio lugar ocupó en su diálogo. De regreso a su patria estudió en la Universidad de Virginia, donde frecuentó, con el riesgo que es de prever, la compañía de tahúres. Después vendría el alcohol. En 1827 se alistó en el ejército y fue cadete en la Academia Militar de West Point. Ya había empezado a publicar, sin mayor resonancia. Su voluntaria negligencia hizo que le dieran la baja. En 1835 se casó con su prima, Virginia Clemm, de trece años. Según parece, el matrimonio no llegó a consumarse. En 1845 su mujer murió de tuberculosis. Las circunstancias son complejas; se ha dicho que Edgar estaba enamorado de la madre, María Clemm, y no de la hija. Durante esos diez años ejecutó lo mejor de su obra. Ya viudo buscó la intimidad de otras mujeres que le inspiraron inolvidables piezas poéticas. Más de una vez el solitario desengañado pensó en esa puerta abierta, el suicidio. Perdido en los delirios del alcohol, murió en un hospital de Baltimore. Un compañero de la sala recordaría sus últimas palabras; eran las de uno de sus personajes, el náufrago, cuya muerte soñó en Arthur Gordon Pym *(1838), libro que prefiguraba a* Moby Dick *y es, como éste, una pesadilla del color blanco. (Arthur Gordon Pym es, evidentemente, una variación de Edgar Allan Poe.) Las neurosis y la pobreza de Poe fueron, a no dudarlo, desdichas, pero la vida le deparó una incesante felicidad: la invención y la ejecución de una obra espléndida. También podría decirse que la desdicha fue su instrumento necesario.*

Fuera de alguna desafortunada incursión en el género humorístico, la palabra pesadilla es aplicable a casi todas las narraciones de Poe. Para este libro hemos elegido cuatro de sus más apasionadas piezas y el relato policial The Purloined Letter. *A diferencia de los ulteriores cuentos de Wells*, MS Found in a Bottle *no quiere parecer verídico, pero es tan concreto y tan poderoso como lo son las alucinaciones; en* The Facts in The Case of M. Valdemar *el horror físico se agrega al horror de lo sobrenatural; en* The Man of the Crowd *los temas centrales son la soledad y la culpa*; The Pit and the Pendulum *es una exaltación gradual del terror*.

El señor John Allan, a quien tantos justificados disgustos dio su hijo adoptivo, no sospechó nunca que éste le daría también un nombre inmortal.

He escrito en el principio de esta página dos altos nombres americanos, Whitman y Poe. El primero, como poeta, fue infinitamente superior al segundo; pero ahora Edgar Allan Poe está mucho más cerca de mí. Hace casi setenta años, sentado en el último peldaño de una escalera que ya no existe, leí The Pit and the Pendulum; *he olvidado cuántas veces lo he releído o me lo he hecho leer; sé que no he llegado a la última y que regresaré a la cárcel cuadrangular que se estrecha y al abismo del fondo*.

Jorge Luis Borges

La carta robada

Nil sapientiae odiosius acumine nimio.

Seneca

En un desapacible anochecer del otoño de 18…, me hallaba en París, gozando de la doble fruición de la meditación taciturna y del nebuloso tabaco, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su biblioteca, *au troisième, N.° 33, Rue Dunôt, Faubourg St. Germain*. Hacía lo menos una hora que no pronunciábamos una palabra; parecíamos lánguidamente ocupados en los remolinos de humo que empañaban el aire. Yo, sin embargo, estaba recordando ciertos problemas que habíamos discutido esa tarde; hablo del doble asesinato de la *Rue Morgue* y de la desaparición de Marie Rogêt. Por eso me pareció una coincidencia que apareciera, en la puerta de la biblioteca, *Monsieur* G., Prefecto de la policía de París.

Le dimos una bienvenida sincera, porque el hombre era casi tan divertido como despreciable, y hacía varios años que no lo veíamos. Estábamos a oscuras cuando entró, y Dupin se levantó con el propósito de encender una lámpara, pero volvió a sentarse sin haberlo hecho, porque G. dijo que había venido a consultarnos, o más bien a consultar a Dupin, sobre un asunto oficial que les daba mucho trabajo.

—Si se trata de algo que requiere reflexión —observó Dupin, absteniéndose de dar fuego a la mecha —, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—Ésa es otra de sus ideas raras —dijo el Prefecto, que llamaba *raro* a todo lo que no comprendía, y vivía, por consiguiente, entre una legión de rarezas.

—Es la verdad —respondió Dupin, ofreciéndole un sillón y una pipa.

—¿Cuál es el problema? —interrogué—, ¿otro asesinato?

—No, nada de eso. El asunto es muy simple y no dudo que lo resolverán mis agentes; pero he pensado que a Dupin le gustaría oír los detalles. Son muy extraños.

—Extraños y simples —dijo Dupin.

—Y bien, sí. El problema es simple, y sin embargo nos desconcierta.

—Quizá es precisamente la simplicidad lo que los desconcierta.

—¡Qué desatinos dice usted! —exclamó el Prefecto, riendo efusivamente.

—Quizá el misterio es demasiado simple —dijo Dupin.

—Y ¿cuál es, por fin, el misterio? —le pregunté.

—Se lo diré a ustedes —contestó el Prefecto—. Se lo diré en muy pocas palabras; pero antes de empezar, les advertiré que este asunto exige la mayor reserva y que perdería mi puesto si llegara a saberse que lo he divulgado.

—Prosiga —dije.

—O no prosiga —dijo Dupin.

—Un alto funcionario me ha comunicado que un documento de la mayor importancia ha sido robado

de las habitaciones reales. El individuo que lo robó es conocido; lo vieron cometer el hecho. El documento sigue en su poder.
—¿Cómo lo saben? —interrogó Dupin.
—Lo sabemos —contestó el Prefecto— por el carácter del documento y por el hecho de no haberse ya producido ciertos resultados que surgirían si el documento no estuviera en poder del ladrón.
—Sea usted un poco más explícito —dije.
—Bien, me atreveré a decir que ese documento otorga a su poseedor un determinado poder en un determinado sector donde ese poder es incalculablemente valioso.
—El Prefecto era aficionado a la jerga de la diplomacia.
—No acabo de entender —dijo Dupin.
—¿No? Bueno. La exhibición del documento a una tercera persona, que me está vedado nombrar, afectará el honor de una persona de la más encumbrada categoría. El honor y la libertad de esta última quedan, pues, a merced del ladrón.
—Para ese chantaje —observé— es imprescindible que el dueño conozca el nombre del ladrón. Quién se atrevería…
—El ladrón —dijo el Prefecto— es el Ministro D., que se atreve a todo. El robo no fue menos ingenioso que audaz. El documento —una carta, para ser franco— fue recibido por la víctima del posible chantaje, mientras estaba sola en la habitación real.
Casi inmediatamente después entra una segunda persona, de quien deseaba especialmente ocultar la carta. Apenas tuvo tiempo para dejarla, abierta como estaba, sobre una mesa. La dirección quedaba a la vista.
En este momento entra el Ministro D. Percibe inmediatamente el papel, reconoce la letra, observa la confusión de la persona a quien ha sido dirigida y adivina el secreto. Después de tratar algunas cuestiones, saca una carta algo parecida a la otra, la abre, finge leerla y la coloca encima de la primera. Sigue conversando, casi durante un cuarto de hora, sobre negocios públicos. Al marcharse, toma de la mesa la carta que no le pertenecía. El dueño legítimo lo vio, pero, como se comprende, no se atrevió a decir nada en presencia del tercer personaje. El Ministro se fue, dejando la carta suya, que no era de importancia, sobre la mesa.
—He aquí —me dijo Dupin— lo que usted requería: el ladrón sabe que el dueño sabe quién es el ladrón.
—Sí —replicó el Prefecto—, y el ladrón ha abusado de ese poder en los últimos meses. La persona robada se convence cada día más de la necesidad de recuperar la carta. Pero esto, como usted comprenderá, no puede hacerse abiertamente. Al fin, desesperada, me ha encomendado el asunto.
—Y ¿quién puede desear —dijo Dupin, arrojando una bocanada de humo—, o siquiera imaginar, un agente más sagaz que usted?
—Usted me colma —respondió el Prefecto—, pero entiendo que muchos opinan así.
—Es evidente —dije— que la carta sigue en posesión del Ministro: en esa posesión está su poder. Vendida la carta, el poder termina.
—Es verdad —dijo G.—. De acuerdo a esa convicción he obrado. Lo primero que hice fue ordenar una busca minuciosa en la casa del Ministro; la dificultad consistía en que él no se enterara. Me han

advertido que cualquier sospecha puede ser peligrosa.
—Pero —dije— usted es un especialista en esas tareas. No es la primera vez que la policía de París acomete empresas análogas.
—Ya lo creo, y por eso no he desesperado. Además, las costumbres del Ministro facilitaron las cosas. Es muy común que falte de su casa toda la noche. Tiene pocos sirvientes. Duermen lejos de las piezas de su patrón y, como son napolitanos, es fácil embriagarlos. Como usted sabe, tengo llaves que pueden abrir todos los gabinetes de París. Hace tres meses que no he dejado pasar una noche sin dirigir personalmente el examen de la casa de D. Mi honor está empeñado y, para revelar un gran secreto, la recompensa es enorme. No abandonaré la partida hasta convencerme de que el ladrón es todavía más astuto que yo. Creo haber examinado todos los rincones y todos los escondrijos en los que puede estar oculto el papel.
—¿Pero no es posible —exclamé— que la carta siga en poder del Ministro, y que éste no la guarde en su propia casa?
—Es apenas posible —dijo Dupin—. El estado actual de los asuntos de la corte, y especialmente de esas intrigas en la que D. está envuelto, hacen que la inmediata accesibilidad del documento sea no menos importante que su posesión.
—Cierto —observé—. El documento no puede estar escondido muy lejos; sin embargo, excluyo la posibilidad de que el Ministro lo lleve consigo.
—Desde luego —dijo el Prefecto—. Ha sido atacado dos veces por salteadores falsos, y rigurosamente registrado bajo mi vista.
—Usted podía haberse ahorrado ese trabajo —dijo Dupin—. Presumo que D. no es un insensato. Tiene que haber previsto esa táctica.
—No será un insensato —dijo el Prefecto—. Pero es un poeta, lo que no es muy distinto.
—Cierto —dijo Dupin—, aunque yo mismo haya cometido algunas rimas.
—Refiéranos los detalles de la investigación —propuse yo.
—He aquí los hechos: tomábamos nuestro tiempo y buscábamos *por todas partes*. Tengo mucha experiencia en estos asuntos. Recorrimos el edificio, cuarto por cuarto, dedicando una noche entera a cada uno. Examinábamos primero los muebles. Abríamos todos los cajones. Supongo que usted sabe que para nosotros no hay cajones secretos. Sólo un imbécil puede no descubrir un cajón secreto. El asunto es muy simple. Cada escritorio tiene una capacidad determinada, fácil de calcular. Hay normas muy precisas. No se nos escapa una línea. Después, tomamos las sillas. Investigamos los almohadones con esas largas agujas que ustedes me han visto emplear. Desarmábamos las mesas.
—¿Por qué?
—A veces la persona que desea ocultar un objeto levanta una de las tablas de la mesa, hace una cavidad en lo alto de la pata, deposita adentro el objeto y repone la tabla. Suele hacerse lo mismo con las perillas de las camas.
—¿Pero no suenan a hueco esos muebles? —pregunté.
—De ningún modo, si la cavidad se rellena de algodón. Además, teníamos que trabajar sin hacer ruido.
—Pero ustedes no pueden haber desarmado todos los muebles. Con una carta puede hacerse un

delgado cilindro en espiral, una especie de aguja, que puede introducirse en el travesado de una silla. ¿Ustedes no desarmaron todas las sillas?

—Claro que no; pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de cada silla, y todas las junturas, con un poderoso microscopio. Hubiéramos notado inmediatamente cualquier reajuste. Una partícula de aserrín hubiera sido tan visible como una manzana.

—Supongo que ustedes registraron cada espejo, entre el cristal y el marco, y las camas y la ropa de cama, y también las cortinas y las alfombras.

—Por supuesto; y cuando acabamos con los muebles, registramos el edificio. Dividimos toda la superficie en compartimentos, que numeramos, para evitar omisiones. Después registramos el terreno y las dos casas contiguas, con el microscopio, como siempre.

—¡Las dos casas contiguas! —exclamé—. Ustedes han trabajado muchísimo.

—Muchísimo; pero la recompensa que ofrecen es prodigiosa.

—¿Examinaron también el terreno de las casas?

—Todo el terreno está enladrillado; nos dio poco trabajo. Examinamos las junturas de los ladrillos y estaban intactas.

—¿Examinaron los papeles del Ministro y todos los volúmenes de la biblioteca?

—Por cierto; abrimos todos los paquetes y legajos; no sólo abrimos todos los libros: los examinamos hoja por hoja. Medimos también el espesor de cada encuadernación, con la más cuidadosa exactitud, empleando siempre el microscopio. Si cualquiera de las encuadernaciones hubiera sido tocada para ocultar la carta, lo habríamos notado inmediatamente.

—¿Registraron el suelo, bajo las alfombras?

—Removimos todas las alfombras y revisamos los bordes con el microscopio.

—¿Y el empapelado?

—También.

—¿Registraron los sótanos?

—Sí.

—Entonces —dije— ustedes se han equivocado, y la carta no está en la casa del Ministro.

—Temo que tenga usted razón —dijo el Prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconseja?

—Volver a revisar la casa del Ministro.

—Es absolutamente innecesario —respondió G.—. Estoy seguro de que la carta no está en la casa.

—Pues no tengo mejor consejo que darle —dijo Dupin—. Tendrá usted, como es natural, una precisa descripción de la carta.

—Ya lo creo.

El Prefecto sacó la cartera y nos leyó en voz alta una descripción de la carta robada. Poco después se fue, abatidísimo.

Al mes siguiente volvió a visitarnos, casi a la misma hora. Tomó una pipa, se dejó caer en un sillón y cuidadosamente habló de cosas banales. Por último, le dije:

—Y bien, G., ¿qué hay de la carta robada? ¿Se ha convencido usted de que es imposible sorprender al Ministro?

—Que el diablo se lo lleve: así es. Seguí el consejo de Dupin, revisé la casa, pero todo fue inútil.

—¿A cuánto asciende la recompensa? —preguntó Dupin.
—A una gran cantidad. A una suma *muy* importante. No quiero decir cuánto precisamente, pero diré una cosa: estoy listo a firmar un cheque por cincuenta mil francos a quien me dé la carta.
—En tal caso —dijo Dupin, abriendo un cajón y sacando un libro de cheques—, hágame un cheque por la cantidad mencionada. Cuando lo haya firmado le entregaré la carta.
Quedé atónito. El Prefecto, durante algunos minutos, permaneció en silencio e inmóvil, mirando fascinado a Dupin. Después, como volviendo en sí, tomó temblorosamente una pluma, llenó el cheque y lo entregó a Dupin. Éste lo examinó sin apuro, y lo depositó en su cartera; luego, abriendo un escritorio, sacó una carta y la puso en manos de G. Éste se abalanzó sobre ella con éxtasis, la abrió, la contempló largamente y, sin una palabra, sin un saludo, salió del cuarto y de la casa, transfigurado.
Cuando nos quedamos solos, mi amigo entró en explicaciones.
—La policía de París —dijo— es muy eficaz. Es perseverante, ingeniosa y muy versada en los conocimientos que sus tareas exigen. Así, cuando G. nos detalló su modo de registrar la casa del Ministro, no puse en duda la perfección de ese trabajo, dentro de sus limitaciones.
—¿Dentro de sus limitaciones?
—Sí —dijo Dupin—. Las disposiciones adoptadas eran las mejores; su ejecución, perfecta. Si la carta hubiera estado al alcance de la búsqueda, los agentes la habrían descubierto.
Me sonreí; pero mi amigo prosiguió con evidente seriedad.
—Las disposiciones y la ejecución eran perfectas; pero no eran aplicables ni al caso ni al hombre. Una serie de recursos muy ingeniosos son para G. una especie de lecho de Procusto, que deforma todos sus planes. Continuamente se equivoca por exceso de profundidad o de superficialidad, y muchos escolares razonan mejor que él. Me acuerdo de uno, de ocho o nueve años, cuyo éxito en el juego de pares e impares provocaba unánime asombro. Este juego es muy simple; se juega con bolitas. Un jugador tiene en la mano unas cuantas bolitas y pregunta al otro si el número es par o impar. Si éste adivina, gana una bolita; si no, pierde una. El niño de que hablo ganaba todas las bolitas de la escuela. Tenía, por supuesto, un procedimiento: se fundaba en la observación de la mayor o menor astucia de los contrarios. Por ejemplo, el contrario es un imbécil. Levanta la mano y pregunta: ¿Son pares o impares? El niño dice impares y pierde, pero gana la segunda vez, porque reflexiona: en la primera jugada el tonto puso un número par y su pobre astucia apenas le alcanza para poner impares en la segunda; apostaré a que son impares. Apuesta y gana. Con un adversario algo menos tonto, hubiera razonado así: éste, para la segunda jugada, se propondrá una mera variación de pares a impares, pero en seguida pensará que esta variación es demasiado evidente y, finalmente, se resolverá a repetir un número impar; apostaré a impar. Apuesta y gana. Ahora, ¿en qué consistía el procedimiento de este niño a quien llamaban afortunado los compañeros?
—Consistía —dije— en la identificación de su inteligencia con la del contrario.
—Así es —dijo Dupin—, y cuando le pregunté cómo lograba esa identificación, me respondió: cuando quiero saber lo inteligente, lo estúpido, lo bueno, lo malo que es alguien, o en qué está pensando, trato de que la expresión de mi cara se parezca a la suya y luego observo los pensamientos y sentimientos que surgen en mí. Esta contestación del niño contiene toda la sabiduría que se atribuyen La Rochefoucauld, La Bruyère, Maquiavelo, Campanella.

—Y esa identificación —dije— depende, si no me engaño, de la precisión con que se adivina la inteligencia de otro.

—En efecto —dijo Dupin—, C. y sus hombres fracasan porque nunca toman en cuenta el tipo de inteligencia del adversario; se atienen a su propia inteligencia, a su propia astucia; cuando buscan un objeto escondido, se guían fatalmente por los medios que ellos habrían empleado para esconderlo. En general no se equivocan; su astucia es la del vulgo. Pero cuando la astucia del delincuente difiere de la de ellos, éste, por supuesto, los derrota. Así ocurre cuando esa astucia excede a la de ellos, y, a veces, cuando es inferior. Sus principios de investigación no varían; cuando es extraordinario el estímulo, cuando les ofrecen una gran recompensa, exageran las prácticas habituales, sin modificar los principios. Por ejemplo, en el caso del Ministro, ¿qué variación ensayaron? Ese escrutinio numerado, clasificado y microscópico, ¿qué es sino la exageración del principio, o serie de principios de busca, que siempre ha ejercido el Prefecto en la larga rutina de su deber? Ha postulado que, ante el problema de esconder una carta, todos los hombres recurren, si no precisamente a una cavidad hecha por un taladro, a un subterfugio análogo. Ahora bien, los escondrijos de ese tipo corresponden a ocasiones comunes y a inteligencias comunes; pues, en todos los casos de ocultación de un objeto, los pesquisantes presumen que ha sido escondido de esta manera, y el descubrimiento depende, no de la perspicacia, sino del mero cuidado, paciencia y perseverancia; y cuando el caso es importante —o lo que significa lo mismo para la policía, cuando la recompensa es considerable—, siempre se descubre el objeto. Por eso dije que si hubieran escondido la carta en el sector previsto por la investigación del Prefecto —vale decir, si el método seguido en la ocultación hubiera sido el método seguido en la pesquisa—, el descubrimiento habría sido inevitable. El Prefecto, sin embargo, ha sido burlado; y la causa remota de su fracaso es la suposición de que el Ministro es un imbécil, porque ha logrado fama de poeta. Todos los imbéciles son poetas; así lo siente el Prefecto e incurre en una *non distributio medii* al inferir que todos los poetas son imbéciles.

—Pero ¿se trata del poeta? —pregunté—. Son dos hermanos, ambos de renombre en las letras. Entiendo que el Ministro ha escrito sobre el cálculo diferencial. Es matemático, no poeta.

—Usted se equivoca. Lo conozco bien: es ambas cosas. Como poeta y matemático habría razonado bien. Como simple matemático no habría razonado, y estaría a merced del Prefecto.

—Esas opiniones —le dije— contradicen la experiencia del mundo. Siempre se ha pensado que la razón matemática es la razón *por excelencia*.

—*Il y a à parier* —dijo Dupin, citando a Chambort— *que toute idée publique, toute convention reçue est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*. Concedo que los matemáticos han hecho todo lo posible para divulgar ese error. Con un arte digno de mejor causa, han introducido el término análisis en el álgebra. En este caso particular, los responsables somos los franceses; pero si las palabras tienen alguna importancia, si el uso les da algún valor, análisis tiene tanto que ver con álgebra como, en latín, *ambitus* con ambición, *religio* con religión, *homines honesti* con un conjunto de hombres honestos.

—Usted va a tener una polémica —dije— con todos los algebristas de París, pero continúe.

—Niego la validez y, por consiguiente, el valor de una razón que se cultiva de una manera que no sea la abstractamente lógica. Las matemáticas son la ciencia de la forma y de la cantidad; el

razonamiento matemático no es otra cosa que la lógica aplicada a la observación de la forma y de la cantidad. El error consiste en suponer que las verdades de lo que llamamos *álgebra pura*, son verdades abstractas o generales. Y este error es tan evidente que me asombra la unanimidad con que ha sido aceptado. Los axiomas matemáticos no son axiomas de verdad general. Lo que es verdad respecto a las relaciones de forma y cantidad suele ser falso respecto a la ética, por ejemplo. En esta última ciencia es generalmente incierto que la suma de las partes sea igual al todo. En química el axioma falla también. Falla en la consideración de motivos; pues dos motivos, cada uno de un valor dado, no tienen necesariamente, cuando se les une, un valor igual a la suma de sus valores individuales. Hay muchas otras verdades matemáticas que sólo son verdades dentro de los límites de la relación. Pero el matemático infiere, de sus verdades finitas, todo un sistema de razonamientos, como si esas verdades fueran de aplicabilidad general, según la opinión de la gente. Bryant, en su muy erudita *Mitología*, menciona una equivocación análoga cuando dice que «aunque las fábulas paganas no son creídas, lo olvidamos continuamente y sacamos conclusiones de ellas». Los algebristas, todavía más equivocados, creen en sus fábulas paganas y sacan conclusiones, no tanto por un defecto de su memoria, como por inexplicable confusión mental. En una palabra, no he conocido un algebrista que pudiera alejarse sin riesgo del mundo de las ecuaciones o que no profesara el clandestino artículo de fe de que $(a + b)^2$ es incondicionalmente igual a $a^2 + 2\,a\,b + b^2$. Diga usted a uno de esos caballeros que, en ciertas ocasiones $(a + b)^2$ puede no equivaler estrictamente a $a^2 + 2\,a\,b + b^2$, y antes de acabar su explicación eche a correr para que no lo destroce.

»Quiero decir —prosiguió Dupin— que si el Ministro hubiera sido un simple matemático, el Prefecto no me habría entregado este cheque. Yo sabía, sin embargo, que era matemático y poeta, y me atuve a esa doble capacidad. Lo conocía como cortesano, también, y como un audaz *intrigant*. Un hombre así, pensé, no podía ignorar los métodos habituales de la policía. No podía no prever los atracos a que sería sometido. Tiene que haber previsto, reflexioné, los secretos exámenes de su casa. Comprendí que sus frecuentes ausencias eran deliberadas: el propósito era facilitar los registros, convencer a la policía de que la carta no se hallaba en su casa. Comprendí que D. había seguido un razonamiento análogo al mío, sobre los invariables principios de la policía para buscar objetos ocultos. Ese razonamiento le haría desdeñar todos los escondrijos posibles. No podía ignorar que los rincones más intrincados y remotos serían evidentes a los ojos, a las sondas, a los barrenos y a los microscopios del Prefecto. Vi que la necesidad y la reflexión le aconsejarían el empleo de un recurso muy *simple*.

»Hay un juego de niños —continuó Dupin— que se juega con un mapa. Un jugador pide a otro que encuentre una palabra determinada —el nombre de una ciudad, de un río, de un estado o imperio—, una de las palabras, en fin, que registra la abigarrada y confusa superficie del mapa. El novicio trata de confundir a su adversario eligiendo nombres impresos en letra diminuta. Pero los expertos eligen palabras impresas en enormes letras. Éstas, de tan evidentes que son, resultan imperceptibles. Tal vez, ante el problema de la ocultación de la carta, el Ministro había seguido un criterio análogo.

»Una mañana me puse unos anteojos ahumados y me presenté en casa del Ministro. Lo encontré bostezando, haraganeando y fingiendo tedio. Es, quizá, el hombre más enérgico de París, pero sólo

cuando nadie lo ve.
»Para no ser menos, me quejé de la debilidad de mi vista y deploré la necesidad de usar anteojos. Mientras tanto, examiné cautelosamente la pieza.
»Examiné con atención especial una gran mesa de trabajo en la que había unas cartas, unos papeles, uno o dos instrumentos musicales y algunos libros. Ahí sin embargo nada suscitó mis sospechas.
»Mis ojos, ya recorrido todo el cuarto, dieron con una miserable tarjetera de cartón, que pendía de una cinta azul, sobre la chimenea. En esa tarjetera, que tenía tres o cuatro compartimentos, había unas cuantas tarjetas de visita y una sola carta. Esta última estaba arrugada y manchada. Estaba casi partida en dos, por la mitad; como si alguien hubiera querido romperla y luego hubiera cambiado de propósito. Tenía un gran sello negro, con el membrete de D. muy visible, y estaba dirigida, con diminuta letra de mujer, al mismo D. Estaba metida de un modo negligente, casi desdeñoso, en uno de los compartimentos superiores. Apenas miré esta carta comprendí que era la que buscábamos. Es verdad que difería totalmente de la que había descrito el Prefecto. El sello no era ni pequeño ni rojo, ni ostentaba las armas de la familia de S.: era grande y negro, con el membrete de los D. El sobre estaba dirigido al Ministro, con diminuta letra de mujer; el de la carta original estaba dirigido a una persona de la casa reinante, con ostentosa letra de hombre; sólo coincidía el tamaño del sobre. Pero lo simétrico de esas diferencias, que era excesivo; las manchas, lo roto y sucio del papel, tan incompatibles con las costumbres metódicas del Ministro y tan sugestivas de un propósito de insinuar al observador la total insignificancia del documento; estas cosas, digo, y su deliberada exhibición a la vista de todos, corroboraron mis sospechas.
»Prolongué mi visita y, mientras discutía con D. un tema que invariablemente le interesaba, no dejé de observar la carta. Aprendí de memoria su apariencia y su disposición en el tarjetero; ese examen intermitente me permitió descubrir un detalle que eliminó mis últimas dudas. Vi que los filos del papel parecían muy chafados. Tenían la apariencia de un papel rígido cuyos dobleces han sido invertidos. Este descubrimiento me bastó. La carta había sido doblada como un guante, de adentro para afuera. Le habían puesto una nueva dirección y un nuevo sello.
»Saludé al Ministro y me fui, olvidando sobre la mesa una caja de oro para rapé. Al día siguiente fui a buscarla y renovamos la conversación de la víspera. Bajo la ventana, en la calle, sonó un disparo, seguido por gritos de terror. D. se precipitó a la ventana, la abrió y miró hacia la calle; aproveché ese instante para cambiar la carta del tarjetero por un facsímil que había preparado en casa.
»El tumulto había sido ocasionado por un hombre con un fusil; había hecho fuego en medio de la calle. Probó, sin embargo, que el arma estaba descargada y le permitieron que siguiera su camino como a un lunático o a un ebrio. Al poco rato me despedí. El supuesto lunático era, naturalmente, un empleado mío.
—Pero ¿qué propósito tenía usted —pregunté— para reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mucho más simple apoderarse de ella en la primera visita?
—El Ministro —replicó Dupin— es inescrupuloso y valiente. Además, no carece de servidores fieles. El acto que usted me sugiere podía haberme costado la vida. Otros fines me obligaban a ser prudente. Usted conoce mi tendencia política: en este asunto he obrado como partidario de la dama comprometida. Durante dieciocho meses el Ministro la ha tenido en su poder; ahora, ella lo tiene en

su poder. D. ignora que le han sacado la carta y continuará con sus exigencias. Él mismo será, de este modo, el artífice de su ruina política. Su caída, además, no será más abrupta que torpe. Es muy común hablar del *facilis descensus Averni*; pero en todas las cuestas, como la Catalani dijo del canto, es más arduo bajar que subir. En este caso, no tengo simpatía ni piedad por el que desciende. Es el *monstrum horrendum*, es el hombre genial, inescrupuloso. Confieso, sin embargo, que me gustaría ver su reacción cuando, desafiado por la persona a quien el Prefecto llama «de la más encumbrada categoría», se vea obligado a abrir la carta que he dejado en el tarjetero.

—¿Cómo? ¿Usted no dejó un sobre vacío?

—No, eso hubiera sido injurioso. D., en Viena, me hizo una mala jugada y yo le dije, con todo buen humor, que no la olvidaría. Pensé que le interesaría conocer la identidad de la persona que lo había derrotado; le dejé un indicio. D. conoce mi letra; me limité a escribir, en medio de la página, estas palabras:

—Un dessein si funeste,
S'il n'est digne d'Atrée, es digne de Thyeste.

Pertenecen a la *Atrea*, de Crébillon.

El manuscrito encontrado en una botella

Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler

Quinault, Atys[1]

Muy poco es lo que tengo que decir de mi país y de mi familia. Los malos tratos y los largos años me han alejado del primero y distanciado de la segunda. Los bienes que recibí por herencia me permitieron adquirir una educación fuera de lo común, y una reflexiva actitud mental sirvió para poner orden en los acopios de saber que mi temprana laboriosidad había almacenado diligentemente. Más que ninguna otra cosa, me proporcionó gran placer el estudio de los moralistas alemanes; y no porque admirase imprudentemente sus elocuentes desvaríos, sino por la facilidad con que mis estrictos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. Se me ha reprochado con frecuencia la aridez de mi carácter; se me ha acusado de una falta de imaginación rayana en el delito, y siempre he llamado la atención por el marcado escepticismo de mis opiniones. De hecho, una intensa afición a la filosofía natural ha servido, mucho me temo, a que mi mente esté impregnada de un error muy común en esta época: me refiero a la costumbre de someter cualquier suceso, incluso los menos susceptibles a semejante tratamiento, a los principios de dicha ciencia. En términos generales, nadie podría estar menos expuesto que yo a dejarse apartar de las severas fronteras de la verdad por los fuegos fatuos de la superstición. Me ha parecido oportuno dar al menos estas explicaciones preliminares para que, en lugar de juzgar la increíble historia que me dispongo a contar como el delirio de una imaginación inculta, se vea en ella la experiencia científica de una mente para quien los ensueños de la fantasía han sido siempre letra muerta y menos que nada.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, en 18… me embarqué en el puerto de Batavia, de la populosa y rica isla de Java, para realizar un viaje por el archipiélago de la Sonda. Iba en calidad de pasajero, sin otro estímulo que una especie de desazón nerviosa que había tomado posesión de mí como un espíritu malévolo. Nuestro navío era un hermoso barco de unas cuatrocientas toneladas, con clavazón de cobre, y construido en Bombay con madera de teca de Malabar. Llevaba un cargamento de algodón en rama y aceite de las islas Laquedivas. También había a bordo fibra de corteza de coco, azúcar morena, mantequilla de búfala, cocos y unos cuantos cajones de opio. La estiba se había hecho con torpeza y el barco, por tanto, navegaba dando bandazos.

Nos pusimos en camino con un mínimo soplo de viento, y durante muchos días bordeamos la costa oriental de Java, sin más alivio para la monotonía del viaje que el encuentro casual con pequeñas embarcaciones costeras del archipiélago al que nos dirigíamos.

Un día, a última hora de la tarde, recostado a popa sobre el pasamano de la borda, me fijé en una nube muy singular, completamente aislada, en el cielo del noroeste. Además de su peculiar color resultaba notable porque era la primera que habíamos visto desde que abandonamos Batavia. La

estuve contemplando atentamente hasta que se puso el sol, momento en que se extendió hacia el este y el oeste, ciñendo el horizonte con una estrecha franja de vapor y tomando la apariencia de una larga línea de playa baja. Muy poco después atrajo mi atención el color rojo oscuro de la luna, el peculiar aspecto del mar, que estaba sufriendo un cambio muy rápido, y el hecho de que el agua pareciese más transparente que de ordinario. Aunque me era posible ver el fondo con toda claridad, al echar la sonda hallé una profundidad de quince brazas. El aire se volvió insoportablemente caliente, y se llenó de exhalaciones en espiral similares a las que surgen de un hierro caliente. Con la caída de la noche hasta el menor soplo de brisa cesó por completo, y es imposible concebir una calma más chicha. En la popa la llama de una vela ardía sin que se advirtiera el menor movimiento, y un cabello largo, sostenido entre el índice y el pulgar, colgaba sin que fuera posible detectar la menor vibración. Sin embargo, como el capitán dijo que no apreciaba signo alguno de peligro, y el mar nos arrastraba hacia la orilla, ordenó recoger las velas y soltar el ancla. No se estableció turno de guardia, y la tripulación, formada en su mayor parte por malayos, se tumbó sin prisa sobre cubierta. Yo descendí al interior del buque, pero con una intensa premonición de desastre. Todas las apariencias corroboraban mi sospecha de que se acercaba un simún[2]. Expuse mis temores al capitán, pero no prestó la menor atención a mis palabras, y se separó de mí sin dignarse siquiera responder. El desasosiego que sentía, sin embargo, me impidió dormir y a eso de la medianoche subí a cubierta. Al poner el pie en el último peldaño de la escalera de toldilla me sobresaltó un zumbido muy fuerte, como el ocasionado por el rápido girar de una rueda de molino, y antes de que pudiera averiguar su significado sentí cómo el barco se estremecía de arriba abajo. Un instante después una inmensa cantidad de espuma nos arrojó sobre los extremos de los baos, y pasando por encima de nosotros de popa a proa barrió toda la cubierta.

La increíble furia del golpe determinó, en gran medida, la salvación del buque. Aunque completamente anegado, gracias a que había perdido los mástiles se alzó pesadamente del mar al cabo de un minuto, y después de tambalearse algún tiempo bajo la inmensa presión de la tempestad terminó por enderezarse.

Me sería imposible decir por qué milagro conseguí escapar con vida. Aturdido por el impacto del agua me hallé, al recobrar el sentido, incrustado entre el codaste y el timón. Con gran dificultad logré ponerme en pie y, al mirar a mi alrededor, tuve al principio la impresión de que nos encontrábamos entre rompientes, porque la violencia del remolino de olas espumeantes, tan altas como montañas, que nos rodeaba, iba más allá de la más calenturienta de las imaginaciones. Al cabo de algún tiempo oí la voz de un viejo sueco que se había embarcado en el momento en que abandonábamos puerto. Le llamé con toda la fuerza de mi voz y en seguida vino tambaleándose hacia popa. Pronto descubrimos que no había más supervivientes que nosotros. Todos los que estaban sobre cubierta, con nuestra sola excepción, habían salido despedidos por la borda; el capitán y los segundos de a bordo debían de haber perecido mientras dormían porque los camarotes estaban inundados. Sin ayuda era muy poco lo que podíamos hacer para salvar el barco, y al principio el convencimiento de que estábamos a punto de hundirnos paralizó nuestros esfuerzos. El cable del ancla, por supuesto, se había roto como un cordel con el primer soplo del huracán, ya que de lo contrario nos habríamos ido a pique en un abrir y cerrar de ojos. Pero nos deslizábamos a terrible velocidad y el agua saltaba limpiamente por

encima de nosotros. El armazón de la popa estaba prácticamente destrozado y todo el resto del barco había quedado considerablemente dañado; pero descubrimos con gran alegría que las bombas para achicar el agua no estaban obstruidas y que el lastre no se había movido en exceso. La primera violencia del golpe de mar había pasado ya, y no nos pareció peligrosa la fuerza del viento; nos llenó, sin embargo, de desánimo la convicción de que muy pronto cesaría por completo porque estábamos seguros de que, dada nuestra lamentable situación, el barco perecería inevitablemente en la tremenda marejada que se produciría a continuación. Pero pronto vimos que este razonable temor tardaría bastante tiempo en encontrar confirmación. Durante cinco días enteros con sus noches —en los que nuestro único alimento fue una pequeña cantidad de azúcar morena, conseguida con gran dificultad en el castillo de proa— el casco del barco voló a una velocidad por encima de todo cálculo, empujado por ráfagas de viento que se sucedían rápidamente y que, sin alcanzar la primera violencia del simún, eran de todas formas más terribles que cualquier tempestad que yo hubiera encontrado anteriormente. Durante los cuatro primeros días seguimos rumbo sureste, con insignificantes variaciones, y debimos recorrer la costa de Australia. Al quinto día el frío se hizo muy intenso, aunque el viento había cambiado de dirección un punto más hacia el norte. El sol se alzó con un enfermizo fulgor amarillo, y se encaramó tan sólo unos pocos grados sobre el horizonte sin emitir una luz merecedora de tal nombre. No se veían nubes y, sin embargo, el viento crecía en intensidad con una furia irregular y como por espasmos. Hacia el mediodía, según nuestros cálculos, de nuevo el aspecto del sol atrajo nuestra atención. No era, en realidad, luz lo que daba, sino un resplandor apagado y tétrico sin reflejos, y se diría que todos sus rayos estaban polarizados. Momentos antes de hundirse en el agitado mar, el fuego de su centro se extinguió de repente, como si lo hubiera apagado a toda prisa algún misterioso poder. Se había convertido en un mortecino contorno plateado cuando se precipitó en el océano insondable.

En vano esperamos la llegada del sexto día; para mí aún sigue sin llegar; para el sueco nunca amanecerá. A partir de entonces quedamos envueltos en una oscuridad tan negra como la pez, de manera que no hubiésemos visto un objeto a veinte pasos del barco. Y esta noche eterna que nos rodeaba no se veía siquiera aliviada por el brillo fosforescente del mar al que nos tenían acostumbrados los trópicos. También observamos que si bien la tempestad seguía bramando con idéntica violencia, no era ya posible presenciar el habitual espectáculo de oleaje y espuma que hasta entonces nos había acompañado. A todo nuestro alrededor no había más que horror, espesas tinieblas y un sofocante desierto negro de ébano. Un miedo supersticioso se adueñó gradualmente del espíritu del anciano sueco, y mi alma también se llenó de silencioso asombro. Descuidamos por completo la atención del barco, considerándola peor que inútil, y sujetándonos lo mejor que pudimos al muñón del palo de mesana contemplamos amargamente el océano. No teníamos manera de calcular el tiempo, ni forma alguna de averiguar nuestra posición. Estábamos convencidos, sin embargo, de haber llegado más al sur que ningún navegante anterior, y nos asombraba en gran manera no tropezamos con el habitual obstáculo del hielo.

Mientras tanto, cada instante amenazaba con ser el último; cada nueva ondulación del mar, tan alta como una montaña, corría a nuestro encuentro dispuesta a sumergirnos. Las olas sobrepasaban todo lo que yo había creído posible, y era un verdadero milagro que no nos sepultaran de inmediato. Mi

compañero lo achacó al liviano peso de nuestro cargamento, recordándome también las virtudes marineras del barco; pero yo no podía por menos que sentir una total desesperanza, y me preparé melancólicamente para la muerte que, estaba convencido, llegaría indefectiblemente antes de una hora, puesto que con cada nudo que avanzaba el barco la agitación de aquel mar asombrosamente negro resultaba más terrorífica. En ocasiones nos faltaba el aire al llegar a una altura por encima de donde vuela el albatros; en otras, nos mareaba la velocidad con que descendíamos a algún infierno marino donde el aire se enrarecía y donde ni el menor ruido perturbaba el sopor de los monstruos marinos.

Nos encontrábamos en el fondo de uno de esos abismos cuando un alarido de mi compañero estalló en la oscuridad de la noche.

—¡Mira! ¡Mira! —exclamó, gritándome al oído—. ¡Dios todopoderoso! ¡Mira! ¡Mira!

Mientras me hablaba tomé conciencia del fulgor apagado y tétrico de una luz roja que se derramaba por las paredes del vasto abismo donde nos encontrábamos y que arrojaba un resplandor intermitente sobre nuestra cubierta. Al levantar los ojos contemplé un espectáculo que me heló la sangre en las venas. A una terrible altura, exactamente encima de nosotros, y en el borde mismo de la escarpada pendiente, se balanceaba un gigantesco navío de, quizá, cuatro mil toneladas. Aun situado en la cumbre de una ola cien veces más alta que él, su tamaño aparente excedía al de cualquier barco de pasajeros o carguero del comercio con la India que navegase por los siete mares. Su enorme casco era de un deslustrado color negro muy intenso, sin el alivio de las habituales tallas que adornan los barcos. Una sola hilera de cañones de bronce asomaba por sus troneras abiertas, reflejando en sus brillantes superficies la luz de innumerables faroles que colgaban por todas partes de su aparejo. Pero lo que sobre todo nos llenó de horror y de asombro fue que navegara a velas desplegadas en medio de aquel mar misterioso y de aquel huracán que nadie podía dominar. Cuando lo vimos por vez primera sólo divisamos la proa, mientras se alzaba lentamente del oscuro y horrible abismo que quedaba más allá. Durante un momento de intenso terror el barco se detuvo en la vertiginosa cumbre, como en meditación sobre su propia sublimidad; luego tembló, se tambaleó e inició el descenso.

En aquel instante no sé qué repentina serenidad se adueñó de mi espíritu. A trompicones avancé lo más que pude en dirección a la popa, y allí esperé impertérrito el desastre que iba a producirse. Nuestro navío estaba por fin abandonando la lucha, y empezaba a hundirse de proa. La masa que descendía le alcanzó, por consiguiente, en la parte de su armazón, que ya se encontraba bajo el agua, y el inevitable resultado fue arrojarme, con irresistible violencia, sobre el aparejo de la nave desconocida.

Mientras caía, el barco se alzó en la virada y cambió de amura; y a la confusión que se produjo a continuación atribuí yo que la tripulación no se percatara de mi presencia.

Con bastante facilidad, y sin ser visto, llegué hasta el principal escotillón, abierto a medias, y pronto encontré una oportunidad para ocultarme en la bodega. Difícilmente sería capaz de explicar por qué lo hice. Un vago sentimiento de temor reverencial, que se apoderó de mi mente nada más ver a los ocupantes del navío, fue quizá la razón de que me ocultara. No sentía deseos de ponerme en manos de unas personas que me habían inspirado tantas dudas y temores, además de motivos de vaga extrañeza, a los pocos instantes de contemplarlas. Me pareció adecuado, por consiguiente, procurarme un

escondite en la bodega. Esto lo logré cambiando de sitio, para que me proporcionaran un refugio conveniente entre las enormes cuadernas del barco, una pequeña porción de las tablas que impiden que se desarregle la estiba.

Había acabado apenas mi tarea cuando unos pasos en la bodega me forzaron a hacer uso del escondrijo. Un hombre cruzó por delante de mí con paso débil e inseguro. No pude verle la cara, pero sí tuve oportunidad de hacerme cargo de su aspecto general, que ponía de manifiesto lo avanzado de su edad y su deficiente salud. Le temblaban las rodillas bajo el peso de los años, y todo su cuerpo se estremecía a consecuencia de aquella carga. Murmuró para sus adentros, en voz baja y descompuesta, algunas palabras de un idioma que no comprendí, y buscó algo a tientas en un rincón, entre un montón de instrumentos de muy extraño aspecto y cartas de navegación muy deterioradas. Su manera de comportarse era una rara mezcla del malhumor de la segunda infancia y de la solemne dignidad de un dios. Finalmente se dirigió de nuevo hacia la cubierta y no volví a verle.

*

Un sentimiento que no tengo palabras para definir se ha apoderado de mi alma: una sensación que no admite análisis, que hace inadecuadas las lecciones de tiempos pasados y que, mucho me temo, tampoco encontrará una satisfactoria explicación en el futuro. En el caso de una mente formada como la mía, esta última consideración es un desastre. Nunca —sé perfectamente que nunca— dispondré de medios para analizar la naturaleza de mis concepciones. Sin embargo, nada tiene de extraordinario que esas concepciones sean imprecisas, puesto que hallan su origen en fuentes tan completamente nuevas. Un nuevo sentido, una nueva entidad se ha incorporado a mi alma.

*

Ha pasado ya mucho tiempo desde que pisé por vez primera la cubierta de este terrible barco, y los rayos de mi destino, según creo, se están concentrando en un punto. ¡Incomprensibles criaturas, los tripulantes de esta nave! Inmersos en meditaciones cuya naturaleza no estoy en condiciones de adivinar, pasan junto a mí sin advertir mi presencia. Esconderme es una completa locura por mi parte, ya que estas personas no quieren ver. Hace tan sólo un momento que he cruzado directamente ante los ojos del segundo de a bordo, y no mucho antes me aventuré a entrar en el camarote privado del capitán para tomar de allí los materiales con los que he escrito y sigo escribiendo. De vez en cuando continuaré este diario. Es cierto que quizá no encuentre una oportunidad para entregárselo al mundo, pero no dejaré de hacer todos los esfuerzos que están en mi mano. En el último momento introduciré el manuscrito en una botella y la arrojaré al mar.

*

Ha ocurrido un incidente que me ha dado nuevos motivos de meditación. ¿Es posible que tales cosas sean el resultado del azar? Después de atreverme a salir a cubierta me había escondido, sin llamar la

atención de nadie, entre un montón de flechaste y velas viejas, en el fondo de la yola. Mientras cavilaba sobre la singularidad de mi destino he pintarrajeado inadvertidamente con una brocha para alquitranar los bordes de una arrastradera cuidadosamente doblada que se encontraba cerca de mí en un barril. La arrastradera flota ahora sobre el barco, hinchada por el viento, y los irreflexivos brochazos se han extendido hasta formar la palabra *descubrimiento*.

Últimamente he observado muchas cosas acerca de la estructura de este navío. Aunque está bien armado, no se trata, en mi opinión, de un buque de guerra. Su aparejo, forma y equipamiento general desmienten por completo una suposición de esa índole. Me resulta fácil advertir lo que *no es*; en cuanto a lo que *sí es,* me temo que sea imposible decirlo. Ignoro cómo sucede, pero al escudriñar su extraño diseño y la peculiar disposición de sus mástiles, su enorme tamaño y gigantesco velamen, la austera simplicidad de su proa y su anticuada popa, de vez en cuando atraviesa mi mente, como un relámpago, una sensación de cosas familiares, y siempre aparece, mezclada con esas vagas sombras de recuerdos, una misteriosa remembranza de antiguas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

He estado examinando las cuadernas del barco. Están hechas con un material que me resulta totalmente desconocido. La madera tiene una característica muy peculiar que, en mi opinión, la hace inadecuada para el fin que se le ha dado. Me refiero a su extraordinaria *porosidad*, distinta de su carcomida condición, consecuencia de navegar por estos mares, y distinguiéndola también de la podredumbre causada por los años. Quizá parezca una observación hasta cierto punto fantástica, pero esta madera tendría todas las características del roble español si ese tipo de roble se pudiera dilatar por medios no naturales.

Al leer la frase anterior acude con toda claridad a mi memoria el curioso apotegma de un viejo y curtido navegante holandés. «Es tan cierto», solía decir cuando alguien albergaba dudas sobre su veracidad, «es tan cierto como que existe un mar donde el barco mismo aumenta de tamaño como el cuerpo vivo del marinero.»

Hace una hora, poco más o menos, me he atrevido a presentarme en medio de un grupo de tripulantes. No me han prestado la menor atención, y, aunque me hallaba justo en el centro, parecían completamente ignorantes de mi presencia. Al igual que el primero que vi en la bodega, todos mostraban signos evidentes de su venerable edad. Les temblaban las rodillas de debilidad; la decrepitud les cargaba doblemente de hombros; el viento hacía que sus pieles apergaminadas resonasen como parches de tambor; hablaban con voz baja, trémula y entrecortada; les brillaban los ojos con las lágrimas de los muchos años; y sus grises cabellos ondeaban espantosamente al viento. A su alrededor, por toda la cubierta, yacían esparcidos instrumentos matemáticos de la más peregrina y desusada estructura.

Hace algún tiempo mencioné que habían envergado una arrastradera. A partir de entonces el barco, completamente a merced del capricho del viento, ha continuado su terrible carrera hacia el sur, con todas las velas desplegadas, desde las galletas hasta las botavaras de las arrastraderas, y balanceando a cada momento los peñoles de sus juanetes en el más asombroso infierno de agua que pueda llegar a imaginar la mente de un hombre. Acabo de abandonar la cubierta, donde me resulta imposible mantener el equilibrio, aunque la tripulación apenas parece experimentar molestia alguna. Juzgo como el más prodigioso de los milagros que en este mismo instante nuestra enorme masa no

sea engullida para siempre. Sin duda alguna estamos condenados a flotar continuamente al borde de la eternidad, sin dar nunca el salto final hacia el abismo. De olas mil veces mayores que las más grandes que jamás he tenido ocasión de ver nos escapamos con la facilidad de la veloz gaviota; y las colosales montañas de agua alzan la cabeza sobre nosotros como demonios de las profundidades, pero como demonios a los que está permitido amenazar y prohibido destruir. Yo me inclino a creer que estos frecuentes salvamentos *in extremis* obedecen a la única causa natural capaz de explicar tal efecto: mi suposición es que el barco se halla dentro de la zona de influencia de alguna poderosa corriente o gigantesco efecto de resaca.

He visto al capitán cara a cara y en su propio camarote, pero, como esperaba, no me ha prestado la menor atención. Aunque para un observador ocasional no haya en su apariencia nada que le coloque por encima o por debajo del hombre corriente, a la sensación de asombro con que le contemplaba se unía, sin embargo, un sentimiento de incontrolable reverencia y temor. Su estatura es aproximadamente igual a la mía, es decir, alrededor de un metro setenta centímetros. Se trata de un hombre de sólida contextura, ni muy robusto ni de aspecto frágil.

Pero lo singular de la expresión que domina su rostro —la intensa, la prodigiosa, la emocionante evidencia de una terrible, inconmensurable ancianidad— despierta en mi espíritu la sensación, el sentimiento de lo inefable. Su frente, aunque surcada por muy pocas arrugas, parece estar marcada por el sello de innumerables años. Sus grises cabellos son crónicas del pasado, y sus ojos, aún más grises, sibilas del futuro. El suelo del camarote estaba cubierto de extraños infolios con broches de hierro, mohosos instrumentos científicos y obsoletas cartas de navegación largo tiempo olvidadas. Con la cabeza entre las manos y mirada ardiente e inquieta estudiaba un escrito que me pareció el texto de un nombramiento, y que, en cualquier caso, llevaba la firma de un monarca. Luego murmuró algo para sus adentros, como hiciera el primer marinero que vi en la bodega, unas cuantas sílabas malhumoradas en un idioma extranjero, y aunque la persona que hablaba estaba a mi lado, su voz parecía llegar a mis oídos desde más de un kilómetro de distancia.

El barco y todo lo que hay en él están saturados con el espíritu de tiempos muy remotos. La tripulación se desliza de un sitio a otro como fantasmas de siglos olvidados; en sus ojos alienta la inquietud de ardientes pensamientos, y cuando el desolado resplandor de los faroles hace que se crucen en mi camino las siluetas de sus manos, siento lo que nunca antes he sentido, aunque me haya pasado toda la vida comerciando con antigüedades, y haya asimilado, hasta que el alma misma se me ha convertido en una ruina, las sombras de las columnas caídas de Balbec y de Tadmor y de Persépolis.

Cuando miro a mi alrededor me avergüenzo de mis primeros temores. Si he temblado ante la idea del desastre que ha sido hasta ahora nuestro constante compañero, ¿cómo no va a horrorizarme la titánica lucha del viento y el océano que las palabras tornado y simún sólo describen de manera trivial e ineficaz? Todo lo que hay inmediatamente alrededor del barco es la negrura de la noche eterna, y un caos de agua sin espuma; pero aproximadamente a una legua por ambos lados pueden verse, de manera confusa y a intervalos, enormes terraplenes de hielo que se alzan hacia el desolado firmamento y que parecen las murallas del universo.

Como había imaginado, es cierto que el barco se halla en una corriente, si es que se le puede dar ese

nombre a una masa de agua en movimiento que, aullando y rugiendo junto al hielo blanco, avanza con estruendo hacia el sur con la velocidad de una catarata.

Concebir el horror de mis sensaciones es, mucho me temo, totalmente imposible: y, sin embargo, la curiosidad por penetrar los misterios de estas terribles regiones predomina incluso sobre mi desesperación, y me reconciliará con la más horrible encarnación de la muerte. Es evidente que al final de nuestra carrera nos espera algún descubrimiento emocionante: algún secreto que nunca será compartido y cuyo logro significa la destrucción. Quizá esta corriente nos lleve hasta el mismo polo sur. Es preciso confesar que esta hipótesis, en apariencia tan descabellada, tiene todas las probabilidades en su favor.

La tripulación recorre la cubierta con paso desasosegado y trémulo: pero en sus facciones hay una expresión que tiene más del anhelo de la esperanza que de la apatía de la desesperación.

Mientras tanto el viento sigue soplando de popa y, como navegamos con todas las velas desplegadas, el barco se alza a veces por completo fuera del agua. Y, ¡horror de horrores!, el hielo se abre repentinamente a la derecha y a la izquierda, y estamos girando vertiginosamente, en inmensos círculos concéntricos, dando una vuelta y otra en torno a los bordes de un gigantesco anfiteatro cuyos muros se pierden en la oscuridad y en la distancia. Pero será muy poco el tiempo que me quede para meditar sobre mi destino porque los círculos se hacen rápidamente más pequeños, caemos irremediablemente hacia el interior de la vorágine, y entre los rugidos, los bramidos y el fragor del océano y de la tempestad, el buque se estremece, ¡Dios todopoderoso!, y… ¡se precipita hacia el abismo!

*

NOTA: *El manuscrito encontrado en una botella* se publicó por vez primera en 1831, y pasaron muchos años antes de que yo tuviera conocimiento de los mapas de Mercator, en los que el océano se representa como precipitándose por cuatro bocas en el golfo polar (del norte) para ser absorbido por las entrañas de la tierra, y etilos que el polo mismo se representa como una roca negra que se alza hasta una altura prodigiosa.

La verdad sobre el caso de M. Valdemar

No me sorprende que el caso extraordinario de M. Valdemar haya provocado discusión. Lo contrario hubiera sido un milagro en tales circunstancias. Nuestra resolución de no divulgar el asunto hasta completar su examen ha dado lugar a rumores exagerados o fragmentarios y ha suscitado, naturalmente, mucha incredulidad.

Es necesario, ahora, que yo exponga los *hechos* hasta donde los entiendo. Brevemente, son éstos:

Hace tres años que estudio los problemas del hipnotismo; hace nueve meses pensé que en los experimentos realizados hasta ahora, había una omisión evidente e inexplicable: Nadie había sido hipnotizado *in articulo mortis*. Faltaba saber, primero, si en ese estado el paciente era susceptible a la influencia hipnótica; segundo, si, en caso afirmativo, ese estado restringía o favorecía la sensibilidad hipnótica; tercero, hasta qué grado y por cuánto tiempo el hipnotismo podría detener el proceso de la muerte. Este último punto atrajo, particularmente, mi curiosidad.

En busca de un sujeto para el experimento, pensé en mi amigo M. Ernest Valdemar, el conocido compilador de la *Bibliotheca Forensica* y autor (bajo el pseudónimo Issachar Marx) de las versiones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*.

M. Valdemar, que residía en Harlem (New York) desde 1839, es (o era) notorio por su extremada flacura —las piernas se parecían mucho a las de John Randolph— y por la blancura de las patillas, en oposición al pelo renegrido que muchos tomaban por una peluca. Era, por su temperamento nervioso, un sujeto excelente para los ejercicios hipnóticos. Dos o tres veces yo había logrado fácilmente hacerlo dormir; pero no conseguí otros resultados que su temperamento me había inducido a esperar. Su voluntad nunca estuvo plenamente sometida y, en lo que se refiere a *clarividencia*, no logré nada. Atribuí siempre mi fracaso al estado precario de su salud. Meses antes de que yo lo conociera, los médicos lo habían encontrado tísico. Solía hablar con toda serenidad de su próximo fin como de algo que no podía evitarse ni lamentarse.

Cuando se me ocurrieron las ideas que he mencionado, era muy natural que pensara en M. Valdemar. Conocía demasiado bien la firme filosofía del hombre, para temer escrúpulos de su parte; y no tenía parientes en América que pudieran intervenir. Le hablé francamente del asunto; a mi sorpresa, manifestó vivo interés. Digo *a mi sorpresa*, pues, aunque se había sometido espontáneamente a mis experiencias, éstas nunca le habían interesado. La naturaleza del mal permitía calcular con cierta precisión la fecha de la muerte; convinimos que me avisaría veinticuatro horas antes del período que fijaran los médicos.

Hace ya siete meses que recibí, de puño y letra de M. Valdemar, el siguiente mensaje:

«Mi querido Poe:

Puede venir *ahora*. D. y F. consideran que no pasaré de mañana a la medianoche; me parece que su cálculo es justo.

VALDEMAR.»

Quince minutos después estaba en el dormitorio del moribundo. Hacía diez días que no lo visitaba y su espantosa alteración me aterró. La cara parecía de plomo; los ojos eran opacos y la extenuación era tan extrema que los pómulos habían roto la piel. La expectoración era abundante; el pulso, débil. Conservaba, sin embargo, su integridad mental y cierto vigor físico. Hablaba claramente; sin ayuda ingirió un calmante y, cuando entré, se hallaba escribiendo unas notas en su libreta. Estaba sentado en la cama, sostenido por almohadones. Lo cuidaban los doctores D. y F.

Después de estrechar la mano de Valdemar, hablé con los médicos; me detallaron el estado del enfermo. Hacía dieciocho meses que el pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso. La región superior del pulmón derecho estaba, en parte, osificada; la región inferior era una masa de tubérculos purulentos que se interpenetraban. Había algunas perforaciones profundas y, en cierto punto, estaban adheridas las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de aparición relativamente reciente. La osificación había progresado con insólita rapidez. Un mes antes no se notaba ningún síntoma y hacía pocos días que habían descubierto la adherencia. Además de la tisis, los médicos temían un aneurisma de la aorta; los síntomas óseos no permitían un diagnóstico exacto. Ambos médicos opinaban que M. Valdemar moriría en la medianoche del día siguiente (domingo). Eran las siete de la tarde del sábado.

Al dejar al enfermo para conversar conmigo, los doctores D. y F. le dieron el último adiós. No habían tenido el propósito de volver; pero, a mi ruego, prometieron hacerlo el domingo, antes de medianoche.

Cuando se fueron, hablé abiertamente con M. Valdemar de su próximo fin, y en particular del experimento. Se mostró dispuesto, casi impaciente, y me conminó a ensayarlo en seguida. Lo atendían un enfermero y una enfermera, temiendo un accidente súbito; pero no me atreví a ejecutar un experimento tan grave sin testigos más responsables que esas personas. Debí renunciar a la operación hasta las ocho de la tarde siguiente, cuando llegó un estudiante de medicina, el señor Teodoro L. Yo había tenido el propósito de esperar a los médicos; pero las solicitaciones de M. Valdemar y mi convicción de que no había tiempo que perder, me hicieron proceder inmediatamente.

El señor L. accedió a tomar notas de cuanto sucediera; este informe compendia, o transcribe literalmente, esas notas.

Poco antes de las ocho, tomé la mano del enfermo y le pedí que formulara, lo más claramente posible, su voluntad de que lo hipnotizaran en ese estado. Respondió débilmente: «Sí, quiero que me hipnoticen.» En seguida agregó: «Temo que hayan esperado demasiado.»

Mientras hablaba inicié los pases que en ocasiones anteriores había ejecutado con éxito. El primer toque lateral de la mano sobre la frente fue notoriamente eficaz; pero, a pesar de todas mis tentativas, no hubo adelanto alguno hasta las diez, cuando llegaron los doctores D. y F. Brevemente les expliqué mi proyecto. No se opusieron, y como declararon que el paciente ya estaba en agonía, procedí sin demora, cambiando, sin embargo, los pases laterales por verticales y concentrando mi mirada en el ojo derecho de Valdemar.

El pulso era imperceptible; la respiración, estertórea, con intervalos de treinta segundos. Esa condición duró un cuarto de hora. Después, el pecho del moribundo exhaló un suspiro muy natural,

pero profundísimo. Cesó la respiración estertórea; no disminuyeron los intervalos. Las piernas y los brazos del paciente estaban helados. A las once menos diez advertí signos inequívocos de la influencia magnética. La oscilación vidriosa del ojo se transformó en esa expresión de penoso examen interno, que es privativo del sonámbulo. Bastaron unos toques laterales para que temblaran los párpados como en el sueño incipiente; pocos más para que se cerraran los ojos. Esto no me satisfizo. Repetí vigorosamente los pases y empeñé toda mi voluntad hasta paralizar los miembros del enfermo, después de colocarlos en una posición cómoda. Las piernas estaban bien estiradas; los brazos, algo extendidos hacia afuera; la cabeza, ligeramente elevada.

Ya era la medianoche; pedí a los presentes que examinaran a M. Valdemar. Después de revisarlo, reconocieron que se hallaba en un estado excepcionalmente perfecto de trance magnético. Los dos médicos manifestaron gran interés. El doctor D. resolvió quedarse toda la noche; el doctor F. prometió regresar al alba. El señor L. y los enfermeros se quedaron.

Dejamos tranquilo a M. Valdemar hasta las tres de la mañana. Al acercarme lo hallé en la misma condición que al irse el doctor F.; la posición era la misma; el pulso, tenue; la respiración, suave (sólo perceptible por la aplicación de un espejo a los labios). Los ojos estaban cerrados con naturalidad; los miembros estaban rígidos y fríos como el mármol. Con todo, la apariencia general no era la de un cadáver.

Me acerqué a M. Valdemar y traté de que su brazo derecho siguiera el movimiento del mío, que evolucionaba suavemente sobre su cuerpo. Con M. Valdemar siempre había fracasado ese experimento, y ahora no esperaba mejor resultado. Pero, a mi asombro, su brazo fue siguiendo, aunque débilmente, las evoluciones del mío. Resolví aventurar algunas palabras:

—*Monsieur* Valdemar —pregunté—, ¿duerme usted?

No contestó, pero percibí un temblor en los labios y repetí la interrogación una y otra vez. A la tercera, una vibración ligerísima recorrió todo el cuerpo; los párpados se abrieron hasta revelar una estría blanca; los labios se movieron con lentitud y dieron paso a estas palabras apenas perceptibles:

—Sí, ahora duermo. No me despierte, déjeme morir así.

Palpé los miembros y comprobé que no habían perdido la rigidez. Como antes, el brazo derecho seguía la dirección de mi mano.

Volví a interrogar al sonámbulo:

—¿Sigue con el dolor en el pecho, *monsieur* Valdemar?

La contestación fue inmediata, apenas murmurada:

—¿Dolor? No; estoy muriéndome.

No me pareció razonable seguir molestándolo y nada más se hizo o se dijo hasta que llegó el doctor F. al amanecer, y demostró un asombro sin límites al encontrar con vida al paciente. Le tomó el pulso, le aplicó un espejo a los labios, y luego me pidió que lo interrogara.

—¿Sigue durmiendo usted, *monsieur* Valdemar?

Pasaron algunos minutos sin que respondiera; durante el intervalo, el sonámbulo parecía reunir sus fuerzas para hablar. A la cuarta repetición, dijo, débilmente, casi imperceptiblemente:

—Sí, duermo: estoy muriéndome.

Los médicos aconsejaron que no se molestara a M. Valdemar hasta que sobreviniera la muerte, hecho

que, según ellos, tardaría pocos minutos. Resolví, sin embargo, hablarle una vez más y repetí mi pregunta. Mientras hablaba hubo un cambio marcado en el rostro del sonámbulo. Los ojos giraron lentamente en las órbitas, las pupilas desaparecieron hacia arriba; la piel tomó un color cadavérico, menos parecido al pergamino que al papel blanco; y las manchas febriles que había en el centro de las mejillas de pronto se *apagaron*. Uso esta palabra porque su desaparición me recordó la brusca extinción de una vela. Al mismo tiempo, el labio superior se apartó de los dientes, que antes había tapado; la mandíbula cayó con un golpe seco, dejando bien abierta la boca y descubriendo la lengua ennegrecida e hinchada. Ninguno de nosotros ignoraba los horrores del lecho de muerte; pero el aspecto de M. Valdemar era tan atroz que todos retrocedimos.

Ahora llego a la parte increíble de mi relato. Sin embargo, prosigo. Ya no quedaba en M. Valdemar el más leve signo de vida; creyéndolo muerto, íbamos a confiarlo a los enfermeros, cuando observamos en la lengua un fuerte movimiento vibratorio. Esto duró un minuto, quizá. Luego, de las mandíbulas dilatadas e inmóviles, surgió una voz, una voz que sería una locura intentar describir. Es verdad que hay dos o tres adjetivos parcialmente aplicables: podría decirse, por ejemplo, que el sonido era áspero, y roto, y hueco; pero el horroroso conjunto es indescriptible por la simple razón de que en los oídos humanos no ha rechinado nunca un acento igual.

Dos particularidades, sin embargo, me parecieron (y aún me parecen) típicas de la entonación; las enuncio porque pueden comunicar de algún modo su peculiaridad inhumana. En primer lugar, la voz parecía venir de muy lejos, o de una caverna profunda en el interior de la tierra. En segundo lugar, impresionaba al oído (temo, en verdad, que es imposible hacerme entender) como las materias gelatinosas o glutinosas impresionan al tacto.

He hablado de *sonido* y de *voz*. Quiero decir que el sonido era de nítida, de terrible, silabación. M. Valdemar *habló*, en evidente respuesta a la pregunta que yo le había formulado minutos antes. Le había preguntado, se recordará, si dormía. Ahora dijo:

—Sí; no, *he estado* durmiendo, y ahora, ahora *estoy muerto*.

Ninguno de los presentes negó, o trató de ocultar el inefable, tembloroso horror que esas pocas palabras, y esa voz, fueron capaces de infundir. El señor L. (el estudiante) se desmayó. Los enfermeros dejaron inmediatamente la pieza y no se logró que volvieran. No trataré de comunicar al lector lo que en ese momento sentí. Durante una hora nos dedicamos, en silencio, a reanimar a L. Cuando volvió en sí reanudamos la investigación del estado de M. Valdemar. Ese estado era el mismo, salvo que el espejo no se empañaba al ser aplicado a los labios.

Falló una tentativa de sacarle sangre del brazo. Mencionaré, también, que ese miembro ya no estaba sujeto a mi voluntad. Ensayé inútilmente que siguiera la dirección de mi mano. La única indicación del influjo magnético era el movimiento vibratorio de la lengua, cada vez que lo interrogábamos. Parecía esforzarse por contestar, pero su volición era insuficiente. Si le hablaban los otros, parecía del todo insensible, aunque traté de colocarlos en relación magnética con él. Creo haber referido lo necesario para que se comprenda el estado del sonámbulo en esos momentos. Conseguimos otros enfermeros, y a las diez salí de la casa con los dos médicos y con el señor L. Volvimos a la tarde. El estado de M. Valdemar era el mismo. Discutimos la posibilidad y conveniencia de despertarlo; pero no tardamos en rechazar ese propósito. Era innegable que el proceso magnético había detenido la

muerte: lo que en general se llama muerte. Nos pareció evidente que despertar a M. Valdemar sería apresurar su instantánea, o por lo menos, inmediata extinción.

Desde esa tarde hasta el final de la semana pasada —*un intervalo de cerca de siete meses*— seguimos visitando diariamente a M. Valdemar acompañados por médicos, o por otros amigos. Durante ese largo intervalo el estado del sonámbulo no cambió. La vigilancia de los enfermos era continua.

El viernes último resolvimos hacer lo posible para despertarlo. Recurrí a los pases acostumbrados. Éstos, durante un tiempo, fueron inútiles.

El primer síntoma de la vuelta a la vida fue un parcial descenso del iris. Inmediatamente después desbordó por las mejillas un líquido seroso y amarillento, de olor acre y muy repulsivo.

Me sugirieron que tratara de influir en el brazo del paciente. Hice la tentativa y fallé. El doctor F. me aconsejó que lo interrogara. Lo hice de esta manera:

—*Monsieur* Valdemar, ¿puede explicarme qué sensaciones y deseos tiene ahora?

Reaparecieron las manchas febriles de las mejillas; tembló la lengua, o más bien giró con violencia en la boca (aunque perduró la rigidez de los labios y de las mandíbulas) y, finalmente, irrumpió la voz horrorosa que ya he descrito:

—Por el amor de Dios, pronto-pronto-hágame morir; o, pronto, despiérteme. *¡Le digo que estoy muerto!*

Perdí el aplomo y durante un momento no supe qué hacer. Primero traté de apaciguar al sonámbulo; pero mi descompuesta voluntad me hizo fracasar; entonces, intenté despertarlo. Vi que esa tentativa sería feliz y creo que todos se prepararon para asistir al despertar.

Para lo que de veras ocurrió es imposible que un ser humano se prepare.

Mientras ejecuté los pases magnéticos entre gritos de ¡muerto!, ¡muerto!, que explotaban de la lengua y no de los labios de Valdemar, todo su cuerpo se encogió —en el término de un minuto o aun menos —, se desmenuzó y se *pudrió* debajo de mis manos. Sobre la cama, frente a todos nosotros, quedó una masa casi líquida, de inmunda, de abominable putrefacción.

El hombre de la multitud

Ce grand malheur, de ne pouvoir être seul.

La Bruyère.

De cierto libro alemán se dijo con justicia que *es lässt sich nicht lesen*: no permite que se le lea. Hay algunos secretos que no permiten ser contados. Todas las noches hay hombres que mueren en sus lechos estrujando las manos de fantasmales confesores y mirándoles lastimosamente a los ojos; que mueren con desesperación en el corazón y convulsiones en la garganta en razón de la atrocidad de los misterios que *se niegan* a ser revelados. De cuando en cuando, desgraciadamente, la conciencia humana recoge un fardo tan cargado de horror que sólo puede desprenderse de él para arrojarlo en la tumba. Y así la esencia de todos los delitos nunca se hace pública.

No hace mucho tiempo, cuando terminaba una tarde de otoño, me hallaba sentado en el amplio mirador del café D***, en Londres. Había estado enfermo varios meses, pero ahora me encontraba ya convaleciente y, con el recuperado vigor, disfrutaba de uno de esos maravillosos estados de ánimo que son precisamente lo contrario del *ennui*: estados de ánimo llenos de intensos deseos, cuando desaparece la niebla de la visión mental —el αχλνς ηπειν επηεν— y el intelecto, electrizado, sobrepasa en tan gran medida su situación ordinaria como lo hacen la brillante, aunque sincera, razón de Leibnitz o la loca y trivial retórica de Gorgias. El simple respirar era ya un placer; e incluso disfrutaba de verdad con muchas de las auténticas fuentes del dolor. Sentía por todas las cosas un interés tranquilo, pero inquisitivo. Con un cigarro en la boca y un periódico sobre las rodillas me había estado divirtiendo la mayor parte de la tarde, unas veces leyendo con atención los anuncios, otras observando la variopinta clientela del local y otras contemplando la calle a través de las ahumadas cristaleras.

La vía pública a que me refiero es una de las principales de la ciudad y había estado muy concurrida durante todo el día. Pero al caer la noche el gentío se hizo aún mayor; y, para cuando los faroles estuvieron bien encendidos, dos densas y continuas corrientes de seres humanos pasaban de prisa junto a la puerta del café. Nunca me había encontrado antes en una situación similar en este momento de la tarde, y el tumultuoso mar de cabezas me llenó, por consiguiente, de una emoción deliciosamente nueva. Finalmente renuncié por completo a ocuparme de lo que sucedía dentro del hotel, y me hundí en la contemplación de la escena exterior.

Al principio mis observaciones tomaron un tinte abstracto y generalizador. Veía a los peatones en masas, y pensaba en ellos por lo que tenían en común. Pronto, sin embargo, descendí a los detalles, y contemplé con minucioso interés las innumerables variedades de figura, ropa, actitud, forma de andar, rostro y expresión.

Con mucho, la mayoría de los transeúntes tenían un aire satisfecho y seguro, y parecían pensar únicamente en hacer su camino entre la multitud. Llevaban el entrecejo fruncido y movían los ojos con rapidez; cuando les empujaban otros caminantes no daban el menor síntoma de impaciencia, y se limitaban a arreglarse la ropa y a apretar el paso. Otros, también un grupo numeroso, se mostraban intranquilos en sus movimientos; tenían el rostro enrojecido, y hablaban y gesticulaban consigo

mismos, como si se sintieran especialmente solos como consecuencia de la misma aglomeración.
Cuando veían interrumpido su progreso, estas personas cesaban al instante de hablar en voz baja, pero redoblaban sus gesticulaciones, y aguardaban, con una sonrisa ausente y exagerada en los labios, a que pasaran las personas que les cerraban el camino. Si alguien los empujaba, hacían profusas inclinaciones de cabeza a sus agresores, y parecían dominados por la turbación. No había nada muy especial acerca de estos dos grandes grupos, aparte de lo que ya he indicado. Su atuendo pertenecía a esa clase a la que se da con acierto el apelativo de decente. Eran, sin duda, aristócratas, hombres de negocios, abogados, comerciantes, corredores de bolsa; los eupátridas y el común de la sociedad; hombres ociosos y personas activamente inmersas en sus asuntos privados, que realizaban sus negocios por cuenta propia. La verdad es que apenas despertaban mi atención.
La tribu de los oficinistas resultaba fácilmente reconocible; y aquí advertí en seguida una importante división. Estaban los oficinistas jóvenes de las firmas de relumbrón: jóvenes caballeros de abrigos entallados, botas relucientes, brillantina en el cabello y boca con rictus altanero. Prescindiendo de cierta desenvoltura en el porte, a la que podría denominarse «oficinitis», a falta de otra palabra mejor, la supuesta elegancia de estas personas me parecía un exacto facsímil de lo que había sido la perfección del buen tono alrededor de doce o dieciocho meses antes. Llevaban los adornos ya desechados por la alta burguesía; y creo que es ésta la mejor definición de esa clase social.
No había posibilidad de equivocarse a la hora de reconocer a los oficinistas de rango superior de las firmas más sólidas, a los «veteranos serios». Se les distinguía por los abrigos y pantalones negros o marrones, hechos para sentarse cómodamente, con corbata y chaleco blancos, zapatos anchos de aspecto resistente y medias gruesas o polainas. Todos tenían un principio de calvicie, y su oreja derecha, por la larga costumbre de sostener la pluma, poseía la curiosa peculiaridad de sobresalir más que la izquierda. Me fijé en que siempre se quitaban o se colocaban el sombrero con las dos manos y en que llevaban reloj de bolsillo con cadena de oro no muy larga, pero gruesa, y de diseño pasado de moda. La suya era la afectación de la respetabilidad, si es que, de hecho, es posible una afectación tan honorable.
Había muchos individuos de vistoso aspecto, que catalogué con facilidad como pertenecientes a la especie de los rateros distinguidos, especie que infesta todas las grandes ciudades. Examiné con gran curiosidad a estos individuos, y me resultó difícil entender cómo un verdadero caballero podía confundirlos con sus iguales. Lo voluminoso de sus bocamangas, junto con un aire de excesiva franqueza, debería denunciarlos al instante.
También descubrí entre la multitud un número no pequeño de jugadores, todavía más fáciles de reconocer. Iban vestidos de las más variadas maneras, desde el atavío del fullero de las tres tazas y el garbanzo, con chaleco de terciopelo, pañuelo de fantasía para el cuello, cadena dorada y botones de filigrana, hasta el del clérigo escrupulosamente austero, que quedaba más libre que ningún otro de toda posibilidad de despertar sospechas. Y, sin embargo, se les reconocía invariablemente por cierta fláccida morenez, por la opacidad de la mirada y por la palidez de los labios a fuerza de llevarlos apretados. Existían, además, otros dos rasgos que siempre me permitían reconocerlos: un tono de voz muy mesurado en la conversación y la posibilidad de alargar el pulgar más de lo corriente al colocarlo en ángulo recto con los demás dedos. Con mucha frecuencia, acompañando a estos tahúres,

descubrí a otra clase de personas algo distintas en sus costumbres, pero sin dejar por ello de ser lobos de la misma camada. Se les podría definir como caballeros que viven de su ingenio. Al parecer se aprovechan de la gente repartidos en dos batallones: el de los petimetres y el de los militares. Los rasgos más destacados de los primeros son los largos rizos y las sonrisas; de los segundos, los abrigos con alamares y el ceño fruncido.

Al descender más allá de lo que se consideran clases medias fui hallando temas de reflexión más oscuros y de mayor profundidad. Vi buhoneros judíos con ojos de halcón que lanzaban destellos desde fisonomías en las que los restantes rasgos expresaban tan sólo la humildad más abyecta; recios mendigos profesionales que miraban ceñudamente a otros pedigüeños con mejor aspecto, a quienes únicamente la desesperación había lanzado a la noche en busca de caridad; enfermos lívidos y sin fuerzas a quien la muerte atenazaba ya con mano firme, y que se movían a trompicones entre la multitud, mirando a todos con gesto suplicante, como en busca de algún consuelo fortuito, de alguna esperanza perdida; muchachas de condición modesta que regresaban a un hogar melancólico después de un largo trabajo hasta horas tardías, y que rehuían, con más lágrimas que indignación, las miradas de los rufianes, cuyo contacto directo no se hallaban siquiera en condiciones de evitar; mujeres de la ciudad de todas las clases y edades: la inequívoca belleza en el mejor momento de su feminidad, que trae a la memoria la estatua de la que habla Luciano, de mármol de Paros por fuera, pero llena de basura por dentro; la repulsiva leprosa cubierta de harapos, totalmente perdida; la tarasca llena de arrugas, enjoyada y tiznada de colorete, que hace un desesperado esfuerzo por retener la juventud; la chiquilla de cuerpo todavía inmaduro, pero que, debido a una larga práctica, es ya una experta en las horrorosas coqueterías de su profesión y arde con la rabiosa ambición de que se la equipare con sus mayores en el vicio; innumerables e indescriptibles borrachos: unos en jirones y remiendos, tambaleándose, diciendo frases inconexas, con el rostro amoratado y ojos sin brillo; otros con trajes completos, aunque muy sucios, con un contoneo ligeramente irregular, gruesos labios sensuales y rostros colorados de aspecto saludable; otros terceros vestidos con telas que fueron de buena calidad, y que incluso ahora estaban escrupulosamente bien cepilladas; hombres que andaban con paso desusadamente firme y elástico, pero terriblemente pálidos, con la mirada perdida y los ojos inyectados en sangre y que, al avanzar entre la multitud, se agarraban con manos trémulas a todos los objetos que se ponían a su alcance. Junto a todos éstos, vendedores ambulantes, mozos de cuerda, carboneros, barrenderos, organilleros, domadores de monos y copleros, los que vendían junto con los que cantaban; artesanos andrajosos y obreros exhaustos de todas las clases imaginables, y todos dominados por una ruidosa y desordenada vivacidad que irritaba el oído y producía una sensación dolorosa en los ojos.

Al hacerse más de noche aumentó para mí el interés de la escena, porque no sólo se modificó materialmente el carácter general de la multitud (al faltar sus rasgos más amables debido a la gradual desaparición de los sectores más tranquilos de la sociedad, y al adquirir mayor relieve otros más ásperos, a medida que lo avanzado de la hora sacaba de sus madrigueras las más variadas especies de infamia), sino que también los rayos de los faroles de gas, débiles al principio en su lucha con el día moribundo, habían terminado por ganar la batalla, y arrojaban ya sobre todas las cosas un brillo chillón y caprichoso. Todo estaba oscuro, pero resultaba espléndido al mismo tiempo: como aquel

ébano al que se ha ligado el estilo de Tertuliano.
Los extraños efectos de la luz fijaron mi atención en el examen individual de los rostros; y a pesar de la rapidez con que el mundo iluminado se esfumaba delante de la ventana, impidiéndome examinar cada transeúnte más de un instante, dado mi peculiar estado de ánimo, aún me parecía ser capaz con frecuencia de leer, incluso durante el breve espacio de una mirada, la historia de una larga sucesión de años.
Con la frente pegada al cristal me hallaba así, ocupado en escudriñar el gentío, cuando de repente apareció ante mis ojos un semblante (el de un anciano decrépito de unos sesenta y cinco o setenta años) que capturó toda mi atención, absorbiéndola por completo debido a lo extraordinariamente peculiar de su expresión. Yo no había visto nunca antes nada que se pareciera ni remotamente a aquella fisonomía. Recuerdo muy bien que mi primera idea, al contemplarla, fue que Retszch, de haberla visto, la hubiera preferido con mucho a sus propias encarnaciones pictóricas del espíritu del mal. Mientras me esforzaba, durante el breve espacio de mi primer examen, por analizar el significado de las sensaciones recibidas, surgieron, confusa y paradójicamente, dentro de mi cerebro, las ideas de enorme fuerza mental, de cautela, de penuria, de avaricia, de frialdad, de malicia, de sed de sangre, de sentimiento de triunfo, de júbilo, de pánico, de intensa…, de absoluta desesperación. Me sentí singularmente conmovido, sorprendido, fascinado. «¡Qué historia tan turbulenta», dije para mis adentros, «está escrita en ese pecho!» Luego vino un vehemente deseo de no perder de vista a aquel hombre, de saber más cosas sobre él. Poniéndome a toda prisa el abrigo, y recogiendo el sombrero y el bastón, alcancé la calle y me abrí camino entre la multitud en la dirección que le había visto tomar porque él ya había desaparecido. Con alguna dificultad logré por fin avistarlo de nuevo, me acerqué y fui siguiéndole a poca distancia, aunque discretamente, para no llamar su atención.
Ahora disponía de una buena oportunidad para estudiarle. Era corto de estatura, muy flaco y al parecer de precaria salud. Su ropa, en líneas generales, estaba sucia y raída; pero cuando pasaba bajo la luz intensa de un farol me era posible advertir que su ropa blanca, aunque también sucia, era de muy buena calidad; y, si la vista no me engañaba, a través de un desgarrón en el *roquelaure* apretadamente abotonado, y a todas luces de segunda mano, que le envolvía, vislumbré un diamante y una daga. Estos detalles aumentaron mi curiosidad, y decidí seguir al desconocido dondequiera que fuese.
Era ya noche cerrada para entonces, y la espesa niebla que flotaba sobre la ciudad se transformó muy pronto en fuerte lluvia. Este cambio climatológico tuvo un curioso efecto sobre la multitud, que fue presa inmediatamente de nueva agitación y procedió a ocultarse bajo un mundo de paraguas. Los titubeos, los empujones y los murmullos se multiplicaron por diez. Por mi parte no presté mucha atención a la lluvia, ya que la presencia latente en mi organismo de una antigua fiebre hacía que la humedad resultara en cierta medida peligrosamente agradable. Atándome un pañuelo en torno a la boca, seguí adelante. Durante media hora el anciano continuó avanzando con dificultad por la gran arteria, y yo caminaba pegado a sus talones por temor a perderle de vista. Ni una sola vez volvió la cabeza para mirar atrás y no reparó en mí. Finalmente torció por una calle lateral que, si bien muy concurrida, no estaba tan abarrotada como la avenida que acababa de abandonar. Aquí se produjo un cambio en su proceder que resultó muy evidente. Avanzó más lentamente y con menos decisión que

antes, de forma más vacilante.
Cruzó y recruzó la calle varias veces sin objeto aparente; y la muchedumbre era aún tan densa que a cada uno de aquellos movimientos me veía obligado a seguirle muy de cerca. La calle era estrecha y larga, y el anciano continuó por ella casi una hora, durante la cual los peatones disminuyeron gradualmente hasta el número que se ve ordinariamente a mediodía en Broadway cerca de Central Park, tan grande es la diferencia entre las multitudes londinenses y las que se encuentran en la ciudad más densamente poblada de los Estados Unidos. Un segundo giro nos condujo a una plaza, brillantemente iluminada y desbordante de vida. El desconocido recuperó su primitiva manera de comportarse. Hundió la barbilla en el pecho mientras volvía los ojos furiosamente bajo el fruncido entrecejo hacia todas las personas que le rodeaban. Apresuró el paso con perseverancia y decisión. Me sorprendió descubrir, sin embargo, que volvía a torcer para repetir el mismo camino. Y aún creció mi asombro al verle hacer varias veces más el mismo recorrido, una de ellas descubriéndome casi al hacer un brusco movimiento para darse la vuelta.
El anciano gastó otra hora más en este ejercicio, y para entonces nos tropezábamos ya con muchas menos interrupciones. La lluvia caía con fuerza; el aire se iba haciendo más frío, y la gente volvía a sus casas. Con un gesto de impaciencia, el incansable caminante se introdujo por una calle lateral comparativamente desierta. Por espacio de medio kilómetro aproximadamente el anciano avanzó con una rapidez que nunca hubiera imaginado en alguien de tan avanzada edad, y que hizo sumamente difícil mi persecución. Al cabo de unos minutos llegamos a un gran mercado muy concurrido con cuya topografía el desconocido parecía estar bien familiarizado, y donde su primer comportamiento hizo de nuevo acto de presencia, mientras se abría camino de aquí para allá, sin meta precisa, entre la multitud de compradores y vendedores.
Durante la hora y media, poco más o menos, que permanecimos en este lugar, me fue necesario extremar la cautela para no perderle de vista sin atraer su atención.
Afortunadamente yo llevaba unos chanclos de goma que me permitían trasladarme en completo silencio. No se percató en ningún momento de que le vigilaba. Fue entrando en una tienda tras otra, sin preguntar el precio de nada, sin decir una palabra y contemplando todos los objetos con una extraña mirada inexpresiva. Mi asombro ante su comportamiento no conocía ya límites, y tomé una vez más la firme decisión de no separarme de él hasta que hubiera satisfecho en cierta medida mi curiosidad.
Un reloj dio las once con fuertes campanadas, y el mercado se fue quedando vacío.
Un tendero, al echar el cierre, empujó al anciano, y al instante vi cómo un violento temblor le recorría el cuerpo. Se apresuró a salir a la calle, miró unos momentos a su alrededor con ansiedad y luego corrió con increíble rapidez atravesando retorcidos y solitarios callejones hasta que llegamos una vez más a la gran avenida donde había comenzado mi persecución, la calle del hotel D***, que no presentaba ya, sin embargo, el mismo aspecto. Seguía brillantemente iluminada por los faroles de gas, pero la lluvia caía con fuerza y apenas se veía a nadie. El desconocido palideció. Contrariado, avanzó algunos pasos por la gran arteria tan concurrida horas antes; luego, con un profundo suspiro, torció en dirección al río y, utilizando al máximo caminos tortuosos, llegó finalmente ante uno de los principales teatros. Sus salidas se hallaban atestadas de público porque se disponía a cerrar las

puertas. Vi que el anciano jadeaba como si le faltase el aliento mientras se lanzaba entre la multitud; pero tuve la impresión de que la intensa angustia que reflejaba su semblante había disminuido en cierta medida. De nuevo hundió la cabeza en el pecho; su aspecto volvió a ser el que tenía cuando le vi por vez primera. Advertí que tomaba la dirección que había seguido la mayor parte del público, pero, en conjunto, me resultaba imposible entender lo caprichoso de sus acciones.

A medida que avanzábamos disminuía también el número de paseantes, y muy pronto reaparecieron las vacilaciones y el desasosiego del anciano. Durante algún tiempo siguió de cerca a un grupo de unos diez o doce jaraneros; pero también éstos se fueron dispersando uno a uno hasta quedar tan sólo tres en un estrecho y sombrío callejón poco frecuentado. El desconocido se detuvo y, por un momento, pareció perdido en sus reflexiones; luego, dando signos de considerable agitación, tomó a buen paso un camino que nos llevó hasta los límites de la ciudad, a zonas muy distintas de las que habíamos atravesado hasta entonces. Era el barrio más ruidoso de Londres, donde todo llevaba el sello de la más deplorable pobreza y de la delincuencia más desesperada. A la mortecina luz de los escasísimos faroles podían verse casas de vecindad de muchos pisos de vieja madera carcomida, dispuestas a derrumbarse en cualquier momento; casas que crecían en tantas direcciones y de manera tan caprichosa que apenas se discernía entre ellas ni la apariencia de un hueco por donde pasar. Había adoquines sueltos por doquier, desalojados de su sitio por la hierba que crecía muy espesa. Las inmundicias más horribles se pudrían en las cunetas sin desagüe. La desolación era la nota más destacada en el ambiente. Y, sin embargo, a medida que avanzábamos, los sonidos de la vida humana revivían de manera gradual, pero ininterrumpida, y a la larga pudimos ver grandes grupos de los más desamparados habitantes de Londres dando vueltas de un lado para otro. El anciano volvió a animarse un poco, como una lámpara que está a punto de extinguirse.

Una vez más avanzó con pasos elásticos. De repente doblamos una esquina, una brillante iluminación se presentó ante nuestra vista y nos encontramos frente a uno de los grandes templos consagrados a la intemperancia en las afueras de Londres: uno de los palacios del espíritu malévolo, la ginebra.

No quedaba ya lejos el amanecer, pero cierto número de lastimosos borrachos aún se apiñaban entrando y saliendo del ostentoso edificio. Con un grito de alegría apenas reprimido el anciano se abrió paso a la fuerza, recobró al instante su primitivo aspecto y anduvo a grandes zancadas entre el gentío sin aparente objeto. No llevaba, sin embargo, mucho tiempo ocupado en esta actividad cuando una mayor afluencia de personas hacia la salida dio la señal de que el dueño se disponía a cerrar el establecimiento para el resto de la noche. Fue algo más intenso aún que la desesperación lo que observé en el semblante de la singular criatura a la que venía siguiendo con tanta perseverancia. No por ello dudó en el camino a seguir, y con frenética energía se dispuso al instante a desandar lo andado para regresar al corazón de la gran metrópoli londinense.

Prolongada y rápida fue su huida, mientras yo le seguía presa del más indescriptible de los asombros, decidido a no abandonar una investigación que me tenía completamente absorto. El sol se levantó mientras caminábamos, y al alcanzar una vez más el centro comercial más concurrido de la populosa ciudad, la calle del hotel D***, encontramos un espectáculo de bullicio y actividad apenas inferior al que presenciara la tarde anterior. Y aquí, en medio de la confusión que aumentaba por momentos, continué durante largo rato mi persecución del desconocido. Pero, como de costumbre, se limitó a

caminar de un lado para otro, sin abandonar durante todo el día el bullicio de aquella avenida. Y al caer las sombras del segundo atardecer, sintiéndome muerto de cansancio, me detuve frente al anciano, mirándole fijamente a los ojos. Sin advertir mi presencia reemprendió su solemne caminar, mientras que yo, renunciando a seguirle, permanecí absorto en su contemplación.

«Este individuo», me dije finalmente, «es el modelo y la encarnación del delincuente más sagaz. Se niega a estar solo. *Es el hombre de la multitud*. Resulta inútil seguirle porque nada más sabré ni de él ni de sus acciones. El peor corazón del mundo es un libro más atroz que el "Hortulus Animae", y tal vez una de las grandes misericordias de Dios sea que *es lässt sich nicht lesen*.»

El pozo y el péndulo

Impia tortorum longos hic turba furores Sanguis innocui, non satiata, aluit.
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro.
Mors ubi dira fuit vita salusque patent[3].

Me sentía mareado, terriblemente mareado después de aquel largo sufrimiento, y cuando por fin me desataron, y se me permitió sentarme, comprendí que estaba a punto de perder el conocimiento. La sentencia —la temida sentencia de muerte— fue lo último que llegó con claridad hasta mis oídos. Después el sonido de las voces inquisitoriales pareció confundirse hasta formar un vago susurro impreciso que llevaba a mi mente la idea de *revolución*, quizá por su asociación caprichosa con el zumbido de una rueda de molino. Y esto sólo durante un período muy breve, porque muy pronto no oí ya nada más. Y, sin embargo, durante un rato vi; pero, ¡con qué terrible deformación! Vi los labios de los jueces de negros ropajes. Me parecían blancos —más blancos que la hoja en la que escribo estas palabras— y tan finos que resultaban incluso grotescos; finos por la intensidad de su expresión de firmeza —de inquebrantable determinación—, de inflexible indiferencia ante la tortura. Vi que de aquellos labios todavía brotaban los decretos de lo que era para mí el destino. Los vi vibrar pronunciando frases de muerte. Los vi formar las sílabas de mi nombre; y me estremecí porque a continuación no me llegó ningún sonido más. Vi también, durante unos pocos momentos de horror delirante, la suave y casi imperceptible ondulación de los cortinajes de marta cibelina que rodeaban las paredes del cuarto. Y después mi mirada se fijó en las siete velas altas que estaban sobre la mesa. Al principio me mostraron el rostro de la caridad, y parecían esbeltos ángeles blancos capaces de salvarme; pero a continuación una extraordinaria repugnancia se apoderó de mi espíritu, y sentí vibrar todas las fibras de mi ser como si hubiera tocado el cable de una pila galvánica, mientras las formas angélicas se transformaban en absurdos espectros con cabezas de llama, y comprendía que no recibiría de ellos ayuda alguna. Luego se presentó ante mi imaginación, como una espléndida nota musical, la idea de lo dulce que debe ser el descanso en la tumba. Este pensamiento se presentó con suavidad y como a hurtadillas, y pareció transcurrir mucho tiempo antes de que lo valorase como se merecía, pero, precisamente cuando mi espíritu llegó por fin a sentirlo y a acariciarlo, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia delante de mí; las altas velas se hundieron en la nada; sus llamas se extinguieron por completo; sobrevino el vacío de la oscuridad; todas las sensaciones parecieron quedar sumergidas como en un frenético descenso del alma a los infiernos. Luego el silencio, la quietud y la noche formaron el universo.

Me había desmayado, pero no diría, sin embargo, que perdiera por completo la conciencia. Lo que quedó de ella no me atreveré ni a definirlo ni a describirlo siquiera; pero lo cierto es que no toda estaba perdida. En el sueño más profundo, ¡no! En el delirio, ¡no! En un desmayo, ¡no! En la muerte, ¡no! Ni siquiera en la tumba está todo perdido. De lo contrario no hay inmortalidad para el hombre. Al despertar del más profundo sopor rompemos la delicada telaraña de *algún* sueño. Pero un segundo después (tan frágil debe de haber sido esa telaraña) no recordamos ya lo que hemos soñado. Al volver a la vida después del desmayo hay dos etapas: primero, la sensación de lo mental o

espiritual: en segundo lugar, la de la existencia física. Parece probable que si, al alcanzar el segundo estadio, pudiéramos hacer volver las impresiones del primero las descubriríamos llenas de elocuentes recuerdos del abismo del más allá. Y ese abismo… ¿qué es? ¿Cómo, al menos, distinguiremos sus sombras de las de la tumba? Pero si bien las impresiones de lo que he denominado el primer estadio no vuelven cuando lo deseamos, ¿no es cierto que después de un largo intervalo regresan de forma espontánea, mientras nosotros nos preguntamos, maravillados, de dónde han salido? Quien nunca se ha desmayado no encontrará extraños palacios ni rostros desatinadamente familiares en carbones al rojo; no descubrirá flotando en el aire las tristes visiones que la mayoría quizá no vea; no reflexionará sobre el perfume de alguna nueva flor, y no se quedará perplejo por el significado de alguna cadencia musical que nunca había atraído antes su atención.

Entre frecuentes y cuidadosos esfuerzos para recordar, entre afanosos forcejeos para recuperar alguna huella del estado de aparente aniquilación en que había caído mi alma, ha habido momentos en que he soñado con el éxito; ha habido períodos breves, muy breves, en los que he evocado recuerdos que la razón lúcida de una época posterior me asegura que sólo pueden haber tenido relación con ese estado de aparente inconsciencia. Estas sombras de la memoria hablan, confusamente, de altas figuras que me alzaron y me llevaron en silencio, bajando, bajando…, bajando aún más…, hasta que un espantoso vértigo se apoderó de mí ante la simple idea de lo interminable de aquel descenso. También me hablan de un impreciso horror en mi corazón debido a la anormal quietud de esa misma víscera.

Luego aparece una sensación de repentina inmovilidad en todas las cosas; como si los que me transportaban (¡horrible comitiva!) hubieran superado, en su descenso, los límites de lo ilimitado e hicieran una pausa debido al tedio de su tarea. Después de esto evoco una superficie llana y húmeda, y a continuación todo es *locura*: la locura de una memoria que se afana entre cosas prohibidas.

De manera muy repentina volvieron a mi alma el movimiento y el sonido: el tumultuoso agitarse del corazón y en mis oídos el sonido de sus latidos. Luego una pausa en la que desaparece todo. Después de nuevo el sonido, y el movimiento y el tacto: una sensación de hormigueo por todo el cuerpo.

A continuación la simple conciencia de existir, sin pensamiento; una situación que se prolongó largo rato. Luego, muy de repente, *pensamiento*, un terror lleno de temblores e intenso esfuerzo para comprender mi verdadero estado. Después un intenso deseo de caer otra vez en la insensibilidad.

A continuación un rápido restablecimiento mental y unos esfuerzos para moverme coronados por el éxito. Y en seguida el recuerdo completo del juicio, de los jueces, de los cortinajes de marta cibelina, de la sentencia, del mareo, del desmayo. Luego total olvido de todo lo que vino después; de todo lo que el paso del tiempo y mucha perseverancia en el empeño me ha permitido recordar vagamente.

Hasta entonces no había abierto aún los ojos. Me daba cuenta de que estaba boca arriba, sin ligaduras. Extendí una mano, y cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. Allí la dejé durante muchos minutos, mientras hacía esfuerzos por imaginarme dónde y cómo me encontraba. Anhelaba utilizar la vista, pero no me atrevía. Me aterraba la primera mirada a los objetos a mi alrededor. No es que temiera ver cosas horribles, sino la angustia que se apoderaría de mí si no hubiese *nada* que ver. Por fin, cuando estaba a punto de dominarme la desesperación abrí los ojos muy de prisa. Y

entonces mis peores temores se vieron confirmados. La oscuridad de la noche eterna me envolvía por todas partes. Tuve que hacer esfuerzos para respirar. La intensidad de la oscuridad parecía oprimirme y asfixiarme. La atmósfera era intolerablemente sofocante. Seguí tumbado sin perder la calma, y me esforcé por usar la razón. Traje a mi mente el proceso inquisitorial, y traté de deducir mi situación real a partir de ese punto. Se había dictado sentencia, y me parecía que desde entonces había transcurrido un largo intervalo de tiempo. Ni por un momento, sin embargo, me imaginé realmente muerto. Semejante suposición, a pesar de lo que leamos en las novelas, es totalmente incompatible con la existencia real; pero, ¿dónde y en qué estado me encontraba? Yo sabía que al condenado a muerte se le ejecuta de ordinario en los autos de fe, y uno de ellos se había llevado a cabo la noche misma del día de mi juicio.

¿Me habían devuelto a la mazmorra para esperar al próximo, que tardaría muchos meses en producirse? Me di cuenta en seguida de que no podía ser ése el caso. Era evidente que había escasez de víctimas. Y además mi mazmorra, como los calabozos de todos los condenados de Toledo, tenía suelo de piedra, y la luz no quedaba excluida por completo.

Una horrible idea hizo que, de repente, el corazón se me desbocara dentro del pecho, y una vez más perdí el sentido por un breve espacio de tiempo. Al volver en mí me puse inmediatamente en pie, temblando inconteniblemente de pies a cabeza. Extendí los brazos con vehemencia hacia arriba y alrededor de mí en todas direcciones. No toqué nada; temía, sin embargo, dar un paso, no fuese a tropezarme con las paredes de una tumba. Empecé a sudar por todos los poros del cuerpo, y en la frente se me formaron gruesas gotas frías. La angustia de la incertidumbre se hizo al fin intolerable, y avancé con mucha precaución, los brazos extendidos y los ojos casi saliéndoseme de las órbitas con la esperanza de captar algún tenue rayo de luz. Di muchos pasos hacia adelante, pero todo siguió siendo oscuridad y vacío. Respiré con más sosiego. Parecía evidente, por lo menos, que mi destino no iba a ser el más horrendo de todos.

Pero en seguida, tan pronto como seguí avanzando cautelosamente, acudieron en tromba a mi memoria un millar de vagos rumores sobre los horrores de Toledo. De los calabozos se habían contado cosas extrañas: yo siempre las tuve por mentiras, pero eran cosas extrañas de todas formas, y demasiado atroces para repetirlas, excepto en voz muy baja. ¿Se me iba a dejar morir de hambre en aquel oscuro mundo subterráneo, o quizá me esperaba algo todavía más terrible? Yo conocía demasiado bien la personalidad de mis jueces para dudar de que el resultado habría de ser la muerte, y una muerte más amarga de lo ordinario. La forma y el momento eran lo único que me preocupaba.

Mis manos extendidas encontraron por fin un obstáculo sólido. Se trataba de una pared de mampostería de piedra, al parecer lisa, viscosa y fría. Fui siguiéndola, y avancé paso a paso con toda la cautelosa desconfianza que ciertas narraciones antiguas habían logrado inspirarme. Este procedimiento, sin embargo, no me proporcionó los medios para determinar las dimensiones del calabozo, ya que podía completar el recorrido y volver al punto de partida sin tener conciencia de haberlo hecho así: tan absolutamente uniforme parecía el muro. Busqué, por tanto, el cuchillo que había estado en mi bolsillo cuando me condujeron a la cámara inquisitorial, pero había desaparecido; me habían despojado de mis vestidos y ahora llevaba una túnica de basta estameña. Mi intención había sido introducir la hoja en alguna pequeña grieta de la pared para reconocer así el

punto de partida. El problema, sin embargo, era de fácil solución, aunque, por el trastorno de mis facultades, me pareciera insuperable en un primer momento. Rasgué parte del dobladillo de la túnica y coloqué la tira lo más extendida posible y en ángulo recto con la pared.

Al recorrer a tientas la prisión no podría por menos de encontrar el girón al completar su perímetro. Al menos eso fue lo que pensé, pero no había contado con las dimensiones del calabozo ni con mi propia debilidad. El suelo estaba húmedo y resbaladizo. Avancé tambaleándome durante algún tiempo hasta que tropecé y caí. Era tan grande mi cansancio que opté por seguir tumbado, y muy pronto me sorprendió el sueño en aquella posición.

Al despertarme y extender un brazo encontré a mi lado una hogaza de pan y una jarra con agua. Estaba demasiado exhausto para reflexionar sobre aquel incidente, y me limité a comer y a beber con avidez. Poco después reanudé mi recorrido en torno al calabozo, y con mucho trabajo llegué, por fin, a la tira de estameña. Hasta el momento de mi caída había contado cincuenta y dos pasos, y después de reanudar la marcha, cuarenta y ocho más, lo que hacía un total de cien; y, calculando dos pasos por metro, llegué a la conclusión de que el calabozo tenía cincuenta metros de perímetro.

Había encontrado, sin embargo, muchos entrantes y salientes en las paredes, y eso hacía imposible adivinar la forma de la cripta; porque me resultaba imposible no suponer que de una cripta se tratase. Era bien escasa la utilidad de aquellas exploraciones —y nulas mis esperanzas—, pero una vaga curiosidad me impulsó a proseguirlas. Abandonando la pared, me decidí a cruzar el recinto. Al principio avancé con extraordinaria cautela porque el suelo, aunque de materiales sólidos en apariencia, resultaba muy traicionero a causa del légamo. Finalmente, sin embargo, hice de tripas corazón y pisé con fuerza, proponiéndome cruzar en la línea más recta que pudiera. Había avanzado diez o doce pasos de esta guisa cuando el resto del dobladillo rasgado de la túnica se me enredó entre las piernas. Lo pisé y caí de bruces.

Debido a la confusión que me produjo la caída no advertí de inmediato un detalle bastante alarmante, pero que, algunos instantes después, y mientras aún seguía postrado, atrajo mi atención. Sucedía que mi barbilla descansaba sobre el suelo de la prisión, pero los labios y la parte superior de la cabeza, aunque en apariencia situados por debajo de la barbilla, no tocaban nada. Por otra parte, me parecía tener la frente bañada en un vapor pegajoso, al mismo tiempo que me llegaba un peculiar olor de hongos en putrefacción. Extendí el brazo, y me estremecí al comprobar que había caído al borde mismo de un pozo circular, cuyo diámetro, por supuesto, no tenía, por el momento, medio de averiguar. Tanteando inmediatamente por debajo del borde logré desprender un pequeño fragmento de la mampostería, y lo dejé caer al abismo. Durante muchos segundos escuché sus ecos al golpearse contra los lados de la sima en su descenso; finalmente se produjo un tétrico choque contra el agua, al que siguió un fuerte eco muchas veces repetido. Al mismo tiempo me llegó un ruido semejante al rápido abrir y cerrar de una puerta por encima de mi cabeza, mientras un débil rayo de luz, que desapareció acto seguido, iluminaba de repente la oscuridad.

Comprendí con toda claridad la clase de muerte que me habían preparado, y me felicité por tan oportuno accidente. Un paso más antes de la caída, y el mundo se hubiera visto privado para siempre de mi presencia. La muerte que acababa de evitar era precisamente del tipo que había considerado legendaria y frívola en los relatos sobre la Inquisición. Para las víctimas de su tiranía existía la

posibilidad de una muerte con los más terribles sufrimientos físicos o con los más espantosos horrores mentales. A mí me había sido reservado este último método. Debido a mis largos sufrimientos tenía los nervios desquiciados, de manera que bastaba el sonido de mi propia voz para echarme a temblar, por lo que me había convertido ya, desde todos los puntos de vista, en el sujeto adecuado para el tipo de tortura que me aguardaba.

Temblando de pies a cabeza, regresé a tientas junto a la pared, decidido a perecer allí antes que exponerme a los terrores de unos pozos que mi imaginación suponía ya numerosos y colocados de distintas maneras por todo el calabozo. Si mi estado mental hubiera sido otro, tal vez habría tenido valor para terminar de una vez con mis sufrimientos lanzándome a uno de aquellos abismos; pero en ese momento yo era la encarnación de la cobardía. Y tampoco podía olvidar lo que había leído acerca de los pozos: que la *inmediata* extinción de la vida no formaba parte del más siniestro de sus planes.

La zozobra me mantuvo en vela durante muchas y muy largas horas; pero al final me dormí de nuevo. Al despertarme, encontré a mi lado, como anteriormente, una hogaza y una jarra con agua. Me consumía una sed ardiente, y vacié el recipiente de una sola vez. Contenía, sin duda, alguna droga, porque nada más beber me invadió una irresistible somnolencia. Me quedé profundamente dormido, con un sueño semejante al de la muerte. Ignoro, como es lógico, el tiempo que duró; pero cuando, una vez más, abrí los ojos, eran visibles los objetos que tenía alrededor. Gracias a una extraña luminosidad sulfurosa, cuyo origen no pude determinar en un primer momento, me era posible ver la extensión y el aspecto del calabozo.

Me había equivocado por completo sobre su tamaño. El perímetro de sus muros no excedía los veinticinco metros. Durante algunos minutos este hecho me sumió en un mar de vanas preocupaciones perfectamente ridículas, porque ¿cuál podía ser la importancia de las dimensiones de mi mazmorra dada la terrible situación en que me hallaba? Pero mi mente se interesaba de la manera más estrafalaria por semejantes menudencias, y me dediqué con ahínco a descubrir la causa del error que cometiera al realizar mi medición. Al final caí en la cuenta. En mi primera tentativa de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de la caída; debía encontrarme para entonces a un paso o dos del fragmento de estameña; en realidad casi había terminado ya de dar la vuelta al calabozo. Luego me dormí, y al despertarme debí de volver sobre mis pasos, con lo que concluí que el trayecto era casi el doble de la realidad. La confusión de mi mente me impidió advertir que había empezado a dar la vuelta con el muro a la izquierda y que había terminado teniéndolo a la derecha.

También me había equivocado en cuanto a la forma del recinto. Al seguir a tientas mi camino había hallado muchos entrantes y salientes, sacando de ello la idea de una gran irregularidad; ¡tan grande es el efecto de la oscuridad total sobre alguien que sale de un letargo o se despierta del sueño! Los entrantes y salientes correspondían simplemente a unas cuantas depresiones o nichos, de poca importancia, colocados a intervalos desiguales. El calabozo era cuadrado, en líneas generales. Lo que yo había confundido con mampostería daba ahora la impresión de ser hierro, o algún otro metal, en grandes planchas, y sus suturas o uniones eran las que causaban la depresión. Toda la superficie de este recinto metálico estaba toscamente pintarrajeada con las horribles y repulsivas figuras creadas por la superstición de los monjes. Siluetas de espíritus malignos en actitud amenazadora, con

formas de esqueletos, y otras imágenes aún más espantosas cubrían y desfiguraban las paredes. Noté que los contornos de estas monstruosidades eran suficientemente claros, pero que los colores parecían apagados y borrosos como por efecto de un ambiente muy húmedo. Y también me fijé ahora en el suelo, que era de piedra. En el centro bostezaba el pozo circular de cuyas fauces había escapado, y que era el único en el calabozo.

Todo esto lo vi confusamente y esforzándome mucho porque mi situación había cambiado en gran manera durante el sueño.

Ahora estaba tumbado de espaldas, con todo el cuerpo extendido sobre una especie de angarillas de poca altura, a las que me hallaba firmemente atado con una larga tira de tela que recordaba a un cíngulo y que daba muchas vueltas en torno a mi cuerpo y extremidades, dejando en libertad sólo la cabeza y lo justo del brazo izquierdo para que pudiera, esforzándome mucho, alcanzar la comida colocada en el suelo, a mi lado, en un plato de loza. Vi con horror que habían retirado la jarra de agua. Digo que lo vi con horror porque me consumía una sed intolerable, sed que, al parecer deseaban estimular mis atormentadores, ya que el alimento que había en el plato era carne condimentada con muchas especias.

Al mirar hacia arriba puede examinar el techo de mi prisión. Se encontraba a una altura de unos diez o doce metros, y estaba construido de la misma manera que las paredes laterales. En una de las planchas una figura muy peculiar atrajo mi atención. Se trataba de una representación del tiempo, tal como se le muestra de ordinario, con la excepción de que, en lugar de una guadaña, sostenía lo que, a primera vista, me pareció la imagen pintada de uno de esos enormes péndulos que vemos en los relojes antiguos.

Había, sin embargo, algo en el aspecto de aquel artefacto que me hizo contemplarlo con más atención. Mientras miraba directamente hacia arriba (porque el péndulo estaba situado exactamente encima de mí) me pareció advertir que se movía. Y un momento después vi confirmada mi suposición. El arco que describía era breve y, desde luego, lento. Lo contemplé algunos minutos, en parte asustado, pero, sobre todo, con asombro. Acabé, sin embargo, por cansarme de seguir un movimiento tan monótono, y volví la vista hacia los otros objetos del calabozo.

Un ruido muy ligero atrajo mi atención, y al mirar al suelo vi varias ratas enormes que lo atravesaban. Habían salido del pozo, que se encontraba en la parte derecha de mi campo de visión. Incluso mientras las miraba siguieron saliendo en grupos, de prisa, con ojos famélicos, atraídas por el olor de la carne. Y tuve que estar muy atento y hacer grandes esfuerzos para espantarlas y evitar que se la comieran.

Quizá transcurriera media hora, tal vez incluso una hora (porque sólo podía hacerme una idea aproximada del tiempo transcurrido), antes de que levantara los ojos de nuevo. Lo que vi me desconcertó y me asombró. El arco del péndulo había aumentado casi un metro en extensión. Como lógica consecuencia, su velocidad era ahora mucho mayor. Pero lo que, sobre todo, me preocupó fue la idea de que había *descendido* de manera perceptible. Ahora observé —no hace falta que diga con cuánto horror— que su extremo inferior estaba formado por una media luna de acero resplandeciente de unos treinta centímetros de longitud de un lado a otro; y tanto las puntas como el borde inferior eran tan afilados como si de una navaja de afeitar se tratase.

También, al igual que una navaja, parecía sólido y pesado, transformándose, a partir del borde, en una recia y ancha estructura. El péndulo estaba fijo a una gruesa vara de bronce, y todo ello *silbaba* al balancearse en el aire.

No me cabía ya duda de cuál era la muerte que me había preparado la cruel inventiva de los monjes. Los servidores de la Inquisición estaban enterados de mi descubrimiento del pozo: *el pozo* cuyos horrores eran el castigo adecuado para un disidente tan empecinado como yo; *el pozo*, típico del infierno, y considerado, según rumores, como el más refinado de todos sus castigos. Yo había evitado caer en el pozo gracias al más simple de los accidentes, y sabía que la sorpresa, o el dejarse atrapar por el tormento, formaba parte importante del carácter extravagante de estas muertes en los calabozos. Al no caer al pozo por mi propio pie no entraba en su plan demoníaco arrojarme al abismo; y, por consiguiente (al no existir alternativa), me esperaba otra manera distinta y más dulce de poner fin a mi existencia. ¡Más dulce! Casi sonreí a pesar de mi angustia al pensar en que se diera tal aplicación a ese adjetivo.

¡De qué sirve hablar de las largas, de las larguísimas horas de indescriptible horror, en las que conté las rápidas oscilaciones del acero! ¡Centímetro a centímetro, línea a línea, con una velocidad de descenso apreciable tan sólo a intervalos que parecían siglos, seguía bajando y bajando! Pasaron días —es posible incluso que fueran muchos— antes de que se balanceara tan cerca de mí como para abanicarme con su corrosivo aliento. El olor del afilado acero acabó penetrándome hasta el cerebro. Recé; cansé al cielo con mis ruegos para que acelerase el descenso del péndulo. Llegué a un frenesí de locura, y forcejeé para lograr levantarme y salir al paso de la espantosa cimitarra. Y luego me calmé de repente, y estuve sonriendo a la muerte centelleante, como un niño ante un maravilloso juguete. Sufrí otro período de total insensibilidad; fue breve porque al recobrar de nuevo el sentido el péndulo seguía prácticamente a la misma altura. Pero también es posible que fuera largo, porque sabía de la existencia de demonios que se percataron, sin duda, de mi desmayo y que muy bien pudieron detener a voluntad las oscilaciones. Al volver en mí me sentí también indeciblemente mareado y débil como a consecuencia de una prolongada inanición. Incluso en medio de la angustia de aquel período la naturaleza humana reclamaba con vehemencia el alimento. Haciendo un penoso esfuerzo extendí el brazo izquierdo todo lo que mis ligaduras me permitían, y me apoderé del pequeño resto de carne que las ratas habían dejado. Al llevarme un trozo a los labios acudió a mi mente una idea de alegría, de esperanza, a medio formar. Y, sin embargo, ¿qué sentido tenía para mí la esperanza? Era, como digo, una idea a medio formar: al ser humano se le ocurren muchas parecidas que nunca llegan a completarse. Sentí que era de alegría, de esperanza; pero también sentí que había perecido mientras se formaba. Me esforcé en vano por completarla, por recuperarla. Los largos sufrimientos casi habían aniquilado todas mis facultades mentales. Me habían convertido en un estúpido, en un idiota.

Las oscilaciones del péndulo se producían en ángulo recto con mi cuerpo. Vi que la media luna estaba orientada de manera que cruzase la zona del corazón. Deshilacharía la estameña de mi túnica, y luego volvería para repetir la misma operación una y otra vez. A pesar de la terrorífica amplitud de su oscilación (unos diez metros o más) y de la silbante rapidez de su descenso, capaz de partir aquellos mismos muros de hierro, durante varios minutos su único efecto sería deshilachar la túnica

que me cubría. Y después de este pensamiento hice una pausa.
No me atrevía a ir más allá de esta reflexión. Me detuve en ella tercamente, como si al hacerlo pudiera detener *allí* el descenso del acero. Me obligué a reflexionar sobre el ruido que haría la media luna al rasgar la tela; sobre el peculiar estremecimiento que me produciría el roce del acero con la tela. Reflexioné sobre estas cosas tan poco importantes hasta tener los nervios de punta.
El péndulo seguía descendiendo muy despacio, pero de manera continua. Me dediqué con rabiosa complacencia a comparar su velocidad de bajada con la de sus oscilaciones. A la derecha, a la izquierda, muy alto y muy lejos, acompañadas de un alarido como el de una alma condenada; ¡y hacia mi corazón con el paso cauteloso de un tigre! Yo reía y aullaba por turno según cuál de las dos ideas prevalecía sobre la otra. ¡Hacia abajo, sin duda, inexorablemente hacia abajo! ¡Vibraba ya a menos de diez centímetros de mi pecho! Forcejeé violenta, furiosamente, para liberar mi brazo izquierdo, que sólo podía mover hasta el codo. Con gran esfuerzo podía llevar la mano desde el plato hasta la boca, pero nada más. Si me hubiera sido posible romper las ligaduras por encima del codo habría intentado detener el péndulo. ¡Lo mismo me habría dado tratar de contener una avalancha!
¡Hacia abajo, sin detenerse, inevitablemente hacia abajo! Yo jadeaba y forcejeaba a cada oscilación. Y me encogía, convulso, cada vez que pasaba sobre mí. Mis ojos seguían su marcha hacia afuera y hacia arriba con la vehemencia de la más absurda desesperación; luego se cerraban con fuerza al iniciarse el descenso, aunque la muerte hubiera sido un alivio, ¡un alivio indecible!
Y, sin embargo, todos mis nervios se estremecían ante la idea de que el más leve descenso de la maquinaria precipitara la reluciente y afilada guadaña sobre mi pecho. Era la *esperanza* lo que hacía estremecer mis nervios y que todo mi cuerpo se encogiera. Era la *esperanza*, la esperanza que triunfa en el potro del tormento, que susurra al oído del condenado a muerte incluso en las mazmorras de la Inquisición.
Comprendí que diez o doce oscilaciones más pondrían al acero en contacto con mi túnica, y junto con esta reflexión acudió de repente a mi espíritu toda la intensa y serena calma de la desesperación. Por primera vez después de muchas horas —o quizá días— *pensé*. Se me ocurrió en aquel momento que el vendaje, o cíngulo, que me sujetaba estaba hecho de una sola pieza. No me habían atado con varias cuerdas. El primer golpe de la afilada media luna que fuese perpendicular a la cinta la aflojaría hasta el punto de que me sería posible librarme de ella con la mano izquierda. Pero, ¡qué terrible sería en ese caso la proximidad del acero! ¡Qué mortíferos podían ser los resultados del más mínimo forcejeo! ¿Cabía pensar, además, que los esbirros del verdugo no hubieran previsto y tomado sus precauciones para eliminar esa posibilidad? ¿Acaso era probable que el vendaje se cruzara con la trayectoria del péndulo? Temiendo tener que renunciar también a aquella débil y, al parecer, última esperanza, alcé la cabeza lo bastante como para verme con claridad el pecho. El cíngulo ceñía el cuerpo y las extremidades en todas direcciones…, *excepto en el camino de la media luna destructora*.
No había hecho más que colocar la cabeza en su anterior posición cuando cruzó por mi mente lo que sólo puedo describir como la mitad aún sin formar de la idea salvadora a la que ya he aludido anteriormente, y de la que sólo una parte había atravesado confusamente por mi cerebro al llevarme la comida a los labios. Pero ahora tenía ante mí toda la idea: débil, muy poco sensata, apenas

definida, pero completa en cualquier caso. Me dispuse inmediatamente, con la energía nerviosa de la desesperación, a tratar de ejecutarla.

Hacía ya muchas horas que los alrededores de las angarillas en que me hallaba tumbado se encontraban literalmente inundados por las ratas. Ratas frenéticas, temerarias, famélicas, que me lanzaban miradas feroces como si sólo esperasen a que yo me inmovilizara para convertirme en su presa. «¿A qué alimento», pensé, «las habrán acostumbrado en ese pozo?»

A pesar de mis esfuerzos para impedirlo habían devorado ya casi todo el contenido del plato. Yo repetía un movimiento de vaivén, una oscilación de la mano por encima de la comida; y, a la larga, la inconsciente uniformidad del gesto hizo que perdiera su efecto. Llevadas por su voracidad aquellas criaturas hundían con frecuencia sus afilados dientes en mis dedos. Con los trocitos de carne grasienta y muy sabrosa que aún quedaban en el plato froté a conciencia el vendaje dondequiera que estaba a mi alcance; luego, alzando la mano del suelo, me inmovilicé conteniendo incluso la respiración.

Al principio las famélicas ratas se sorprendieron y asustaron de aquel cambio, de la desaparición del movimiento. Se retiraron llenas de alarma; muchas buscaron la protección del pozo. Pero esto duró sólo un momento. No en vano había contado yo con su voracidad. Al advertir que seguía sin moverme, una o dos de las más audaces saltaron sobre las angarillas y olieron el cíngulo. Aquello pareció la señal para una avalancha generalizada. Fueron saliendo velozmente del pozo en renovados batallones. Treparon por las angarillas y saltaron sobre mí a cientos. El medido movimiento del péndulo no les molestaba en absoluto. Evitando sus golpes se concentraron en el vendaje. Se empujaban unas a otras y hormigueaban sobre mí llegando a formar verdaderos montones. Se retorcían sobre mi garganta; sus fríos hocicos buscaban mis labios; su peso acumulado llegó casi a asfixiarme; una repugnancia que las palabras no pueden reflejar me llenaba el pecho y me helaba el corazón con una espesa viscosidad. Pero al cabo de un minuto sentí ya que la lucha terminaría en seguida. Advertía con claridad que se aflojaban mis ataduras. Me daba cuenta de que en más de un sitio las ratas ya habían cortado el cíngulo. Con un tesón que tuvo algo de sobrehumano seguí *inmóvil*.

No había errado en mis cálculos ni había sido vana mi paciencia. Sentí, por fin, que estaba *libre*. El cíngulo colgaba a trozos de mi cuerpo. Pero el péndulo, en su oscilación, rozaba ya mi pecho. Había cortado la estameña de la túnica y atravesado incluso la camisa que había debajo. Aún repitió dos veces más su balanceo, y una aguda sensación de dolor recorrió todos mis nervios. Pero había llegado el momento de escapar.

Al mover una mano, mis salvadoras se retiraron precipitadamente con gran alboroto. Con un movimiento uniforme —cauteloso, lateral, encogido y lento— escapé al abrazo del vendaje y me situé más allá del alcance de la cimitarra. De momento, al menos, estaba *libre*.

¡Libre! ¡Libre en las manos de la Inquisición! Apenas había cambiado los horrores del lecho de madera por el suelo de piedra del calabozo cuando cesó el movimiento de la máquina infernal y vi cómo el péndulo se alzaba y desaparecía a través del techo movido por alguna fuerza invisible. La desesperación se apoderó otra vez de mi alma. Alguien vigilaba todos mis movimientos.

¡Libre! Escapar a una muerte angustiosa sólo había servido para tener que soportar un nuevo período

de zozobra peor que la muerte. Mientras daba vueltas a esa idea recorrí nerviosamente con la vista las barreras de hierro que me tenían atrapado. Era evidente que algo anormal, algún cambio que, al principio, no supe reconocer con claridad, se había producido en el calabozo.

Durante muchos minutos de vago y tembloroso ensimismamiento me dediqué a inútiles e inconexas conjeturas. Durante este período advertí por vez primera el origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Procedía de una grieta, como de un centímetro de ancho, que se extendía por todo el calabozo en la base de los muros, muros que estaban, en realidad, completamente separados del suelo. Me esforcé por mirar a través de la ranura, aunque, por supuesto, mis esfuerzos resultaron vanos.

Al levantarme después de este intento comprendí de repente el misterio del cambio que había sufrido la cámara. Había observado anteriormente que, si bien las siluetas de las figuras que llenaban las paredes eran bastante precisas, los colores, en cambio, parecían borrosos. Pero ahora esos colores habían adquirido y seguían adquiriendo un sorprendente brillo cada vez más intenso que daba a los espectrales y diabólicos retratos una apariencia capaz de hacer estremecer incluso a personas de nervios más firmes que los míos. Ojos demoníacos, frenética y horriblemente vivos, me lanzaban, desde mil puntos donde antes ninguno era visible, miradas coléricas mientras brillaban con el lívido fulgor de un fuego que mi cerebro se negaba a considerar imaginario. *¡Imaginario!* ¡Al respirar me llegaba hasta las ventanas de la nariz el soplo ardiente del hierro calentado! ¡Un olor sofocante llenaba la prisión! ¡Los ojos que contemplaban mi angustia brillaban a cada momento con un fulgor más intenso! Un tono carmesí cada vez más fuerte se extendía por los sangrientos horrores representados en las paredes. Empecé a jadear porque mi respiración se hacía dificultosa. No cabía duda sobre el propósito de mis verdugos, los más implacables y diabólicos de todos los hombres.

Me aparté del metal al rojo hasta llegar al centro de la celda. Al pensar en la ardiente destrucción que me aguardaba, la idea de la frescura del pozo se apoderó de mi alma como un bálsamo. Me precipité hacia su mortal abertura. Escudriñé el abismo con ojos fatigados. El resplandor del techo encendido iluminaba sus más recónditos recovecos. Sin embargo, durante un momento de frenesí mi espíritu se negó a entender el significado de lo que veía. Finalmente la realidad hizo fuerza, se abrió camino con violencia hasta mi alma y quemó con su fuego mi razón estremecida. ¿Dónde está la voz que pudiera contarlo? ¡Horror sin nombre! ¡Cualquier cosa mejor que esto! Con un alarido me aparté del pozo y escondí el rostro entre las manos, llorando amargamente.

El calor aumentaba rápidamente, y una vez más alcé la vista, temblando como atacado de paludismo. Se había producido un segundo cambio en el calabozo; y este segundo cambio afectaba, evidentemente, a su *forma*. Como en anteriores ocasiones, al principio traté en vano de descubrir o de entender lo que estaba sucediendo. Pero no tardé mucho en salir de dudas. La venganza inquisitorial se precipitaba a causa de mi doble escape, y no habría ya más escarceos con el rey de los terrores. La habitación había sido cuadrada. Ahora veía que dos de sus ángulos se habían vuelto agudos, y los otros dos, por consiguiente, obtusos. La terrible diferencia aumentaba con rapidez, acompañada de un sordo retumbar o de una especie de quejido. En un instante la celda había cambiado de forma hasta transformarse en un rombo. Pero la alteración no se detuvo ahí; ni tampoco yo esperaba o deseaba que se detuviera. Podía haber estrechado contra mi pecho las paredes

incandescentes como una vestidura de paz eterna. «La muerte», dije, «¡cualquier muerte antes que la del pozo!» ¡ Estúpido!, ¿acaso no sabía que la finalidad del hierro incandescente era empujarme *dentro del pozo?* ¿Iba acaso a resistir su calor? O si eso fuera posible, ¿soportaría su empuje? Porque el rombo se hacía cada vez más estrecho, con una rapidez que no daba tiempo a la contemplación. Su centro y, por supuesto, su anchura máxima coincidían con el bostezante abismo. Retrocedí, pero los muros que se cerraban me empujaban hacia adelante sin posible resistencia. Llegó el momento en que no quedaba ya para mi cuerpo retorcido y quemado ni un centímetro de suelo firme donde colocar los pies.

Dejé de luchar, pero la angustia de mi alma halló expresión en un último alarido —muy prolongado y fuerte— de desesperación. Sentí que estaba a punto de caer al abismo…, aparté la vista…

¡Se oyó un discordante rumor de voces humanas! ¡Muchas trompetas que resonaban con fuerza! ¡Un áspero chirrido como de mil truenos! ¡Las paredes al rojo retrocedieron! Un brazo extendido sujetó el mío cuando, desvanecido, me precipitaba ya en el abismo. Era el brazo del general Lasalle. El ejército francés había tomado Toledo. La Inquisición estaba en manos de sus enemigos.

Notas

[1] Philippe Quinanet (1635-1688) *Atys, tragédie-opéra* en cinco actos, que se representó por vez primera el 10 de enero de 1676. <<

[2] Posiblemente se trata de una confusión de Poe y debiera decir tifón. <<

[3] Cuarteta para las puertas de un mercado que iba a construirse en el emplazamiento del antiguo club jacobino de París: «Aquí sus prolongados furores alimentó, sin saciarse, la impía turba de los torturadores. Liberada ya la patria, roto el fúnebre antro, donde terrible reinó la muerte brillan ahora vida y salud.» <<